

Memorando sobre el ‘síndrome de Pericles’

## El caso de la locura colectiva del Vicepresidente

por Lyndon H. LaRouche

10 al 22 de julio de 2005.

La insistente tozudez del presidente George W. Bush hijo, de que los bonos del Gobierno estadounidense no son más que meros “pagarés” es, de por sí, un ejemplo típico e inequívoco de suma pertinencia de la incapacidad del Presidente para seguir desempeñando su cargo, en especial ante la embestida de las actuales condiciones monetario–financieras mundiales. Por desgracia, la solución a ese problema real que enfrenta el Congreso no es tan simple como dicha premisa para la destitución del Presidente pudiera suponer. Considera, por ejemplo, el temblor que sacudiría a los miembros del Senado y a otros al pensar que la renuncia de un presidente Bush indispuerto pudiera llevar al vicepresidente Dick Cheney a la presidencia.

En relación con esta presidencia de George W. Bush, el psiquiatra Jerrold M. Post es reconocido por su trabajo sobre el tema del reto constitucional que pudiera representar la presente condición mental de un presidente.<sup>1</sup> La edición actualizada del libro con la opinión profesional eminentemente pertinente del psiquiatra Justin A. Frank sobre la materia, aborda ahora de nuevo algunas de las pruebas decisivas a considerar al evaluar la condición mental del propio presidente George W. Bush.<sup>2</sup> El estudio previo del doctor Post de los anteceden-

tes más amplios de problemas aparentemente parecidos, apuntaba de forma categórica a las implicaciones de la vigesimocuarta enmienda de 1967 a la Constitución. Por desgracia, la obra de Post, aunque más bien de reconocida autoridad entre la profesión, no está a la altura de la clase especial de desafío que el estado mental del Presidente en funciones le plantea en realidad al derecho constitucional, en las presentes circunstancias especiales en el mundo que encaran el Congreso y otros hoy.<sup>3</sup>

El estudio en extremo útil de Justin Frank del caso de este Presidente de turno, es de suma importancia por derecho propio, pero no pretende abordar la cuestión más decisiva y amplia que enfrenta en realidad el Congreso estadounidense en el caso de Bush y Cheney. El asunto esencial no es el del propio Bush, ni siquiera el del dúo de Bush y Cheney; *lo decisivo es cómo surgió esta amenaza cualitativamente recrudescida a la existencia de nuestra república en un período de cerca de 40 años a la fecha. ¿Cómo llegamos a esta peligrosa situación en la que la calidad del funcionamiento cada vez más anormal de un presidente Bush, quien ciertamente no es ningún Pericles, podría sustituirse así como así con el aspirante a Trasímaco moderno del vicepresidente Dick Cheney? ¿Por qué medios se arruinó Atenas con la*

1. *When Illness Strikes the Leader: The Dilemma of The Captive King* (Cuando la enfermedad ataca al líder: El dilema del rey cautivo), por Jerrold M. Post, M.D. y Robert S. Robins (New Haven: Yale University Press, 1993).

2. *Bush on the Couch—Inside the Mind of the President* (Bush en el diván: El interior de la mente del Presidente), por Justin A. Frank, M.D (Nueva York: HarperCollins Publishers, 2004; 2ª edición, 2005).

3. El informe de Post y Robins contiene errores importantes y obvios de los hechos históricos, que incluyen el defecto general metodológico que expresa su falta de una perspectiva histórico–funcional, y la tendencia generalizada a presentar composiciones engañosas más bien descabelladas en el tratamiento de algunos de los tópicos biográficos que contiene ese libro. La importancia del libro de Post es que ha venido a considerarse como el principal modelo de referencia para estudios psicológicos de casos individuales destacados históricos y del presente, aunque no siempre es confiable.

*guerra del Peloponeso? ¿Cómo estamos repitiendo hoy, en un sentido significativo, esa clase de necedad, como en Iraq, por ejemplo?*

El problema de estadismo que plantea hoy el caso del dúo de Bush y Cheney no cuadra del todo con los supuestos mecanicistas tácitos de esa vigesimoquinta enmienda, ni con lo que algunos pudieran confundir con el antecedente obvio de la remoción del Gobierno de Nixon y Agnew. Aunque el propio presidente Bush representa una suerte de personalidad defectuosa ruin y hasta de un sadismo perverso, su culpabilidad es equiparable a la de una criatura lamentablemente necia, como un caso de conducta habituada defectuosa en lo intelectual y lo moral. Hoy es obvio que simplemente nunca debió haber asumido ese cargo. Sin embargo, tenemos que enfrentar el hecho de que el caso de este presidente va de la mano, casi de manera

inextricable, con los delitos y faltas graves del sociópata predilecto de Lynne Cheney, el vicepresidente Dick Cheney. Cuando reflexionamos sobre la historia de décadas, en el transcurso de la cual se llevó a ese par a los cargos de presidente y vicepresidente, y tomamos en consideración el marco de las últimas décadas de deriva hacia la actual crisis de desintegración del sistema monetario-financiero mundial que arremete, la vigesimoquinta enmienda por sí sola no puede tratarse como si pudiera elevarse con elegancia a la altura de los problemas pertinentes de la ocasión presente, y de las que nos embisten.

Sin embargo, como mostraré en la conclusión de este memorando, nuestra Constitución en su conjunto sí brinda, al menos de forma implícita, remedios alternativos para los casos tanto del presidente Bush como del vicepresidente Cheney como tales, una elección de soluciones que en apariencia podría dejar intacta de modo superficial la intención de la Constitución; como empezar por destituir a Cheney de su cargo. Pero, en este caso, eso sólo es parte del problema. El reto de fondo más complicado es definir las implicaciones más amplias y profundas de los problemas que representan Bush y Cheney, en tanto amenaza inmediata para toda la civilización en el marco de la creciente crisis existencial que mundial de hoy. Por ende, las definiciones de la incapacidad personal de un presidente individual, de la clase que proyecta la opinión de suyo antihistórica del libro del doctor Post, no corresponden a la realidad más oscura de la situación que enfrentamos ahora. El enfoque del doctor Post, de aplicarse, devendría en un mero rasgo que complicaría nuestra tragedia nacional, no un remedio a lo que aflige a nuestra presidencia.

Debe cerrarse el paso a la conveniencia, sea “textual” u



*“En una conversación cortés, aun en ocasiones ceremoniales, uno no habla en público de ‘la cultura’ del ciclista de campo traviesa número uno de nuestra nación, el presidente George W. Bush hijo”, escribe LaRouche. (Foto: Eric Draper/Casa Blanca).*

otra, en tanto premisa para introducir una pretendida solución de corte inflexible a esta crisis constitucional. Como nuestro en el transcurso de las páginas siguientes, si hemos de evitar ese peligro que implica para nuestra nación y su posteridad el binomio de Bush y Cheney, ha de aplicarse la intención unificadora subyacente de principio científico de toda la Constitución de los Estados Unidos de América al total de la actual amenaza existencial a la nación, en vez de sólo procurar la destitución de algunos de los elementos de reconocida importancia de la presidencia actual que al presente están defectuosos.

---

## 1. El defecto sistémico de la psicología moderna

---

Desde la perspectiva del método científico que aplica, las principales doctrinas constitucionales de nuestra república, las de nuestra Declaración de Independencia de 1776 y nuestra Constitución federal de 1789, no contienen los principios de veras universales más hondamente arraigados de un cuerpo vivo de ley natural en expansión que el diseño de dichas doctrinas tiene como premisa, sino que, más bien, estos principios las prefiguran.

Así, en el derecho constitucional bien definido, como en el cuerpo de un modo válido de investigación físico-científica, el grueso de una práctica constitucional válida está sujeto a un desarrollo constante interminable que ocurre mediante el descubrimiento de esos nuevos principios específicos que conservan, en circunstancias universales que cam-

bian, la integridad del concepto de derecho natural pretendido desde un principio, tales como las circunstancias alteradas con las que las intervenciones de Bush y Cheney nos enfrentan hoy.

Al decir “pretendido desde un principio”, recalco el hecho de que el significado congruente del uso real que los forjadores de esos documentos constitucionales le daban a los términos “búsqueda de la felicidad” y “fomento del bienestar general”, tiene una importancia intencional única conocible en tanto declaración constitucional de una reflexión sobre un principio físico universal.

Esta idea de un cuerpo de derecho fundado en principios físicos universales subyacentes verificables, se llama *ley natural*. La ley natural se opone, por principio, a la noción de un simple *derecho positivo* en tanto un típico conjunto negociado de acuerdos entre lo que de otro modo sería un orden anárquico de individuos, naciones o pequeños grupos de tipo familiar.

A este respecto, el derecho constitucional expresa su semejanza hereditaria de principio con esas nociones de la ciencia física que definen el autodesarrollo en expansión de un cuerpo de *ley natural*, una ley natural que expresa principios que le son específicos a una civilización europea que se remonta, en lo principal, a viejos precedentes egipcios. Este desarrollo explícito de un cuerpo de derecho europeo en su definición más amplia, que tiene como premisa la idea de la ley natural, deriva principalmente, pese a la práctica y el parecer contrarios, de la obra ejemplar pertinente de los pitagóricos, Solón de Atenas y Platón.

Pese a las tendencias persistentes de hacer una división categórica entre las ideas de la ciencia y las de la composición artística clásica, como la que describe C.P. Snow como una paradoja de *Dos Culturas*,<sup>4</sup> la Declaración de Independencia y la Constitución federal descansan, en esencia, en las nociones jurídicas de la tradición griega clásica tanto en la ciencia física como en la composición artística clásica, en especial las que se remontan a Platón.

De modo que, en la historia de la cultura clásica que emergió de la Grecia antigua de los pitagóricos, Solón de Atenas y Platón, está el hecho de que se consumaron los cimientos de una civilización, a pesar de períodos intermitentes de regresión. Esto nos obliga a preguntarnos: ¿cómo fue que la máxima civilización de entonces adquirió los hábitos que prácticamente la autodestruyeron, como bajo la conducción de Pericles? ¿Cómo le pasó esto a la “Atenas de América” de la que fueron típicas las figuras de los Winthrop y los Mather en el transcurso del siglo 17?

Así, a pesar de los períodos intermitentes de regresión en la historia de la cultura clásica europea que surgió en la antigua Grecia de los pitagóricos, Solón de Atenas y Platón, hay

4 *Two Cultures and the Scientific Revolution* (Dos culturas y la Revolución Científica), por C.P. Snow (Londres y Nueva York: Cambridge University Press, reimpresión de 1993).

una continuidad inconsútil subyacente comprobable de expansión de los principios validados de éstos en el agregado general del progreso científico clásico y relacionado, de lo que se conoce como el principio de la hipotetización superior.<sup>5</sup> Tal como el progreso del método científico experimental en el descubrimiento de nuevos principios físicos universales de nuestro universo (en tanto principios necesarios para las clases universales de condiciones recién descubiertas) es el rasgo característico del progreso en la ciencia física, así también hay un agregado ampliable afín de conocimiento descubrible en lo que toca a los principios constitucionales que pueden inferirse del estadismo moderno. El mejor reflejo de éstos hasta ahora se encuentra en las raíces que el nacimiento de nuestra Declaración de Independencia y nuestra Constitución tuvo en el gran concilio ecuménico de Florencia del siglo 15, y también, después, en el principio central establecido al inicio del Tratado de Westfalia de 1648.<sup>6</sup>

Por eso, en todos los aspectos de la práctica científica la historia real ha mostrado que hay un método para generar y comprobar un descubrimiento científico de nuevos principios universales. Siempre que surja una situación, como en las circunstancias singularmente anómalas que representa la brutalidad del régimen de Bush y Cheney, tenemos que recurrir a los principios y circunstancias de los que derivó nuestra Constitución, para forjar un principio que sea congruente en principio con esa raíz histórica de la que, de nuevo, derivó la Constitución original.

Así que, por una parte, lo inmediato de la actual amenaza existencial a la civilización planetaria pondría en el orden del día el juicio político o una medida parecida como remedio ahora. Pero, al considerar la clase de medida a tomar para lograr eso, vemos que aún no estamos preparados, al menos no la mayoría de nuestros representantes en cuestión, para definir cómo y cuándo debe aplicarse en realidad la medida correctiva necesaria, y con qué intención. Tenemos que pensar en tomar tal medida, incluso muy pronto, pero tenemos que ser cuidadosos, no obstante, para asegurarnos de salvarle la vida al paciente, nuestro sistema constitucional, en vez de

5. De otra forma conocido como ese principio de las *esféricas* que los pitagóricos, Platón y otros que vienen al caso adoptaron de los principios de la astrofísica egipcia. Matemáticamente, un principio físico universal surge en las esféricas a través de los métodos de la dinámica asociados con la construcción de doblar el cubo, y de esta forma la gravitación universal se expresa por la singularidad físico-geométrica adicional de una órbita planetaria elíptica, como en el caso del descubrimiento original de Kepler del principio de gravitación. El desarrollo moderno de este método es el de Bernard Riemann, como en *La teoría de las funciones abelianas*. Este método era el que Platón y otros conocían como el método de plantear hipótesis, que asociamos con la introducción del método científico moderno de la ciencia física universal por parte de Nicolás de Cusa”.

6. “. . . cada parte es promover el beneficio, el honor y la ventaja del prójimo”, para que una “vecindad confiada en el mantenimiento seguro de los esfuerzos para la paz y la amistad puedan fortalecerse y volver a florecer”. *Essay Volume I: 1648 War and Peace in Europe* (Ensayos volumen I: La guerra y la paz en Europa), por Heinrich Steiger (Münster/Osnabrück: Klaus Bussman, Heinz Schilling, eds. 1998. pág. 438).

arriesgarnos a matarlo al recurrir por pánico a una operación apresurada. Tenemos que pensar con cuidado en la calidad sin precedentes de las anomalías inmediatas propias de la crisis de desintegración del actual sistema monetario-financiero mundial que embiste, que es el marco en el que es ubica al presente la condición de amenaza a nuestra presidencia.

El órgano, la presidencia, padece lo que pudiera describirse como el régimen de Bush y Cheney, pero no nada más reside en cualquiera de esos dos individuos indiscutiblemente defectuosos al extremo, ni en la combinación de Bush y Cheney en tanto funcionarios individuales, sino en los rasgos sistémicos de la situación actual de una crisis mundial existencial que ha llevado a un par tan impropio a esos cargos. Los casos de Bush y Cheney, tomados por separado y en combinación, son producto de un conjunto especial de condiciones históricas específicas; son esas condiciones, que los hicieron como son hoy día, las que hay que remediar. Nuestro objetivo primario debe ser remediar esa condición que llevó a este par de mal elegidos a desempeñar su función patológica actual, en vez de tratarlos como meros chivos expiatorios de la condición que los llevó a tener su perverso desempeño actual en el cargo.

### **El engaño pertinente en la práctica psicológica**

En ambos casos, los actos por los que podría procurarse el enjuiciamiento de cada uno y de ambos, son de la clase de los desórdenes mentales: la patente incompetencia mental del Presidente para desempeñar su cargo público actual, y la conducta pública del Vicepresidente, que puede describirse con justicia como la de un sociópata depravado. Como quiera que fuera el juicio de destitución de cualquiera de ellos o de ambos, el tema subyacente de la pesquisa del caso será una consideración de las pruebas de los desórdenes mentales en cuestión. Aunque la conducta pertinente de ambos es distintivamente “anormal”, no puede permitirse implicar por este lenguaje elegido, que lo que pudiera constituir al presente una prueba de un comportamiento dizque “normal” proporcionaría la vara de medir necesaria para juzgar las implicaciones propias de sus incapacidades. Sólo la conducta excepcional, como la típica del genio que muestra un individuo al descubrir o redescubrir un principio físico universal, bastará.

Precisamente en esto falla el antedicho método de razonamiento del doctor Post para tales casos; *contrario al método de Post, en realidad el individuo existe y se desarrolla en un marco histórico específico, tal que es ese marco, más que la idea de alguna personalidad abstracta que flota en un espacio histórico vacío, el que nos presenta cuáles tienen que ser los aspectos gobernantes en cualquier evaluación de la conducta de figuras destacadas de cualquier hecho ubicado en la historia.*<sup>7</sup>

7. Esto se refiere, de manera intrínseca, al error de juicio común y persistente que también encontramos en el texto de marras de Post y Robins.



*El presidente Franklin Roosevelt y el primer ministro sir Winston Churchill en una reunión durante la guerra. Aunque forzados a aliarse para derrotar a Hitler, los dos hombres representaban polos políticos completamente distintos. Tan pronto murió Roosevelt, Churchill emprendió la campaña para acabar con el legado del mandatario estadounidense. (Foto: Library of Congress).*

Bregamos con una enfermedad colectiva que ahora va haciendo presa de una nación, nuestros EUA, que antes de la Segunda Guerra Mundial había emergido como la economía más poderosa y productiva que haya existido en este planeta con la conducción del presidente Franklin Roosevelt. Este logro alcanzado con ese presidente, dependió en un grado decisivo de la calidad única relativa de su personalidad en esa posición de conducción. Él logró lo que logró a pesar de la oposición de nuestro aliado británico en la guerra en cuestión, y de la amenaza de esas hienas taimadas en nuestro sistema político-financiero, hienas que el presidente Eisenhower más tarde llamó el “complejo militar industrial”, y que de inmediato estuvieron prestas a destruir la obra de Roosevelt en cuanto la muerte lo retiró del cargo. El rasgo característico de todo el período desde la muerte de ese presidente, ha sido la campaña que de empezó inmediato para difamarlo, una difamación que dejaba bien parado el pensamiento de los dos modelos notables de un presidente fracasado, Calvin Coolidge y Herbert Hoover, quienes descarriaron a los EUA a participar en una gran depresión económica.

Subsiguientemente, dos décadas después de la muerte del presidente Roosevelt, en la segunda mitad de los 1960, los EU pasaron por el comienzo de un “cambio degenerativo de paradigma cultural” que duró decenas de años, y que llevó a la nación a convertirse, en cosa de cuatro décadas, en la economía estadounidense prácticamente insolvente que es hoy. La característica de la historia económica estadounidense de los últimos 40 años más o menos, ha sido un esfuerzo cada vez más vigoroso por erradicar todos y cada uno de los principios que los logros de los Gobiernos de Franklin Roosevelt tuvieron como premisa. El patrocinio del “comple-



Los dirigentes de la colonia de la bahía de Massachusetts, de izquierda a derecha: John Winthrop (retrato de John Singleton Copley), Increase Mather y su hijo, Cotton Mather. “La colonización de Massachusetts en el siglo 17 fue emprendida desde Europa, para liberar a los mejores logros de la cultura europea del podrido legado opresor de la tradición europea que hoy impera”. (Fotos: Harvard University Portrait Collection; Library of Congress).

jo militar industrial” de la campaña del Congreso a Favor de la Libertad Cultural contra la “personalidad autoritaria”, fue una expresión del odio y temor que ese “complejo” sentía por la memoria del presidente Franklin Roosevelt, y que compararía con el ex primer ministro Winston Churchill.

A consecuencia del comportamiento colectivo errado de esta nación en rechazar el legado de Franklin Roosevelt de esa manera, hoy estamos arruinados. El desempeño del Gobierno de Bush y Cheney ha sido atroz, pero esas directrices destructivas y las victorias electorales de esos candidatos, y la selección de tales candidatos por ese partido, y la conducta de los ciudadanos en la elección, fueron producto de las décadas de tendencias decadentes en nuestra cultura nacional, tendencias con las que nosotros, en tanto nación, nos hemos arruinado, en especial desde fines de los 1960.

Así, estamos bregando con una situación en la que se escogió al Gobierno de Bush y Cheney debido a la tendencia cultural en la calidad cada vez más enferma de un comportamiento colectivo errado, de forma implícita, por los efectos de la combinación de la degeneración moral de una mayoría creciente de nuestra población, durante cuatro décadas o, desde una perspectiva superior de mayor alcance de ese proceso, desde la muerte inoportuna del presidente Franklin Roosevelt. En lo principal, esta degeneración fue el resultado neto de la decadencia activa o el abstencionismo político de la mayoría de la población.

Considerando ahora esos hechos históricos, una persona ordinaria cometería, de forma implícita, dos clases de errores relacionados, pero distintos, al leer el razonamiento del doctor Post. Tenemos que meditar sobre la naturaleza de esos errores y su necesaria prevención. A veces, como ahora, hasta lo mejor de la psicopatología experta hoy acreditada falla por lo general en diagnosticar la naturaleza funcional del problema

de forma adecuada. Como señalaré aquí, a continuación, la falla frecuente de lo mejor de la práctica de la psicología, en términos relativos, es que tiene como premisa un concepto *axiomático mecanicista* erróneo (por ejemplo, uno cartesiano) del lugar que ocupa la función del individuo en la sociedad, en vez de una penetración adecuada de la relación *dinámica* recíproca funcionalmente determinante entre el individuo cognoscitivo y la sociedad, en tanto proceso histórico cuyas características experimentan cambios continuos.

Fueron los siglos de historia de la casa de Habsburgo, desde que Venecia le encargó usar el matrimonio como un arma de violación dinástica para destruir el legado del emperador Federico II, lo que produjo a ese imbécil patético del Káiser austríaco con el que pudo dársele luz verde al plan para la Primera Guerra Mundial, un diseño del completamente despreciable Eduardo VII de Gran Bretaña. El psicoanálisis individual de ese Káiser de reconocido patetismo carece de importancia, a menos que se ubique en el proceso histórico que dio a luz a semejante monstruosidad deplorable de suyo condenada a la destrucción como el régimen austrohúngaro de entonces. En general, fue la cultura que toleró el sistema reaccionario de las “testas coronadas de Europa” posterior a 1815, la que hizo posible, con ayuda de los mentados sistemas parlamentarios, la perpetuación de esa enquistada tendencia cultural a la ruina autoinfligida de Europa que, a su vez, dio paso al modo en que la Europa actual camina de nuevo, vacilante, hacia el precipicio de su propia destrucción.

Ésos fueron los motivos por los que la colonización de Massachusetts en el siglo 17 se emprendió desde Europa, para liberar a los mejores logros de la cultura europea del podrido legado opresor de la tradición europea que hoy impera. Cimentar nuestra lucha por la independencia en esa tradición, fue lo que nos permitió, con reconocidas dificultades mayús-

culas entre nosotros mismos, forjar el modelo más veraz de una república moderna como nuestro sistema constitucional.

Desde la perspectiva de la rectificación que aplica, lejos de los modelos mecanicistas de corte cartesiano del individuo en la sociedad, como aquél del que dependen en gran medida los argumentos mecanicistas del doctor Post, y en la óptica dinámica pertinente desde la perspectiva del desarrollo histórico e interno de las culturas: *el fundamento de todo sistema jurídico competente yace en el tema de esa cualidad específica de la inmortalidad que ubica al individuo humano aparte de la categoría de las bestias de corte hobbesiano y trasimaqueano, bestias tales como nuestros mentados “neoconservadores” contemporáneos que siguen al maligno protegido del “jurista nazi de la Corona” Carl Schmitt, el profesor Leo Strauss de la Universidad de Chicago, o al binomio de Bush y Cheney.*

Esta cualidad de la inmortalidad cobra expresión en la noción de *idea* de seguidores de los pitagóricos tales como Platón, y de forma más categórica en el cristianismo de los apóstoles Juan y Pablo, así como en el devoto judío ortodoxo Moisés (Dessau) Mendelssohn, quien tuvo un papel protagónico en catalizar el renacimiento clásico de Europa de fines del siglo 18. Esta idea ecuménica de la inmortalidad personal del ser humano individual ha sido, por ejemplo, el enfoque esencial de todos mis descubrimientos como seguidor del Godofredo Leibniz que aportó una premisa decisiva y central tanto de nuestra Declaración de Independencia como de nuestra Constitución federal. Así, como lo he mostrado para una ciencia de la economía física, la noción apropiada del interés propio del ser humano mortal individual radica en el aspecto inmortal de la existencia humana individual, una inmortalidad típica de la función del individuo en tanto generador y preservador del acceso de la sociedad a los principios físicos universales validables mediante experimento y relacionados.

El problema sistémico pertinente de la conducta colectiva actual es que la idea del acto creativo distintivo, como el acto voluntario conciente de descubrir un principio físico universal, ocurre de forma inusual aun en la educación media y superior de la ciencia física hoy practicada. En cambio, los beneficios de usar un principio descubierto seguido sólo se aprenden, como por medios tales como los libros de texto o artificios matemáticos abstractos, en vez de descubrirse de verdad de modo que reproduzcan el acto original de descubrimiento.<sup>8</sup>

Para aclarar esta cuestión, interpolaré la siguiente discusión.

### La educación de nuestros ciudadanos jóvenes

Hace varios años, conforme iba formándose el Movimiento de Juventudes Larouchistas (MJL), varios de los voceros de

8. Ésta fue la cuestión a la que se refirió Carl F. Gauss en el ataque que hizo en su disertación doctoral de 1799, sobre lo que más tarde denominó *El teorema fundamental del álgebra*, sobre los fraudes reduccionistas de D'Alembert, Euler, Lagrange y demás.

esos adultos jóvenes me desafiaron en una reunión en Reston, Virginia: “¿Cómo obtendremos nuestra educación?” Yo respondí con una propuesta programática doble. “Empiecen con Carl Gauss”, les dije, refiriéndome a la tesis doctoral de 1799 en la que Gauss atacó el fraude de los ideólogos empiristas D'Alembert, Euler, Lagrange, etc., sobre el tema después llamado *El teorema fundamental del álgebra*. “Del estudio de esa obra de Gauss”, continué, “descubrirán qué significa una idea. Luego pueden estudiar la historia como la historia de las ideas”. Desde entonces, el resultado de ese programa en general ha tenido un éxito notable.

La ideología empirista de Galileo, Francis Bacon, Tomás Hobbes, René Descartes, John Locke y los newtonianos niega las ideas reales de veras descubribles, en el sentido que las define la obra de toda la vida adulta de Gauss y, como Lagrange, sustituye los principios físicos con meras fórmulas matemáticas (algebraicas) formales dentro de un dominio mecanicista como el del sistema defectuoso de Descartes. Así, el empirista abandona la práctica real de la ciencia física por un método perverso de interpretación de los fenómenos físicos conforme a un sistema mecanicista arbitrario de definiciones, axiomas y postulados que se alega son “de suyo evidentes”. *Ese método cartesiano no es una práctica científica; ¡es el ritual que practica una secta religiosa pagana délfica con viejas implicaciones babilónicas!*<sup>9</sup>

Una vez que trabajar en las implicaciones del ataque de Gauss de 1799 a los fraudes de los empiristas D'Alembert, Euler, Lagrange, y demás establece el concepto de idea, el estudiante se remonta a las raíces del razonamiento de Gauss desde sus orígenes en la obra de los antiguos como Arquitas y Platón sobre el concepto de *poderes*, y luego transporta las implicaciones al futuro, del período que va de Arquitas a Gauss, en su resultado en la obra de Riemann sobre, por ejemplo, *las funciones abelianas*. Asimismo, tratamos la misma noción de *la idea* como la expresa la historia estudiada desde la perspectiva del desarrollo de la composición artística clásica.

El meollo del ataque de Gauss a los empiristas está en su rechazo al tratamiento arbitrario que los empiristas del caso le dan al tema de las raíces cúbicas. La forma correcta de abordar el problema de las raíces cúbicas es a modo de un problema de geometría constructiva, el de construir un cubo del doble del tamaño de uno ya existente por geometría. Es

9. Una vez las implicaciones de una geometría reduccionista euclidiana se reconozcan en el método de Descartes, la magnitud de la corrupción de la educación científica y de otra índole debido a la influencia y la aplicación del método cartesiano a casi todas las materias de la educación contemporánea, desde más o menos las últimas décadas del siglo 17, viene a ser una fuente de profunda penetración sobre cómo afecta las facultades mentales de nuestros estratos educados en general, y del fanatismo histórico que ese condicionamiento le ha inculcado a nuestros profesionales. El progreso del MJL muestra el enorme potencial intelectual que se desataría entre nuestra población, de removerse de nuestra instrucción pública la corrupción sistémica del cartesianismo.



*Un organizador del MJL demuestra el método de Platón para doblar el cuadrado, en la ciudad de Nueva York. El colaborador de Platón, Arquitas, resolvió el intrincado problema de doblar el cubo, otro ejercicio pedagógico que el MJL ha hecho parte del proceso organizativo cotidiano. (Foto: Finn Hakansson/EIRNS).*

famosa la solución que el pitagórico Arquitas, un amigo y colaborador de Platón, le encontró a este reto. Cardan y otros atacaron el tema en el siglo 16 desde el punto de vista de la aritmética, mostrando como resultado un conjunto de lo que los empiristas dieron en llamar “números imaginarios” entre las raíces. Si uno examina la forma como Arquitas dobla el cubo por medios geométricos, contrariando a D’Alembert, Euler, Lagrange y demás, estos ensayos de solución no tienen nada meramente imaginario.

En la obra de los pitagóricos como Platón, una línea no puede generarse por deducción a partir de un punto, ni una superficie a partir de una línea, ni un sólido a partir de una superficie. La generación de avances tales como doblar con precisión el cuadrado y el cubo, ocurre mediante lo que los pitagóricos y Platón definen como *poderes* (la dinámica). Estos poderes tienen la misma connotación que los descubrimientos originales de la gravitación universal de Kepler, el principio físico de acción mínima (contrario a la distancia

más corta) de Fermat, y el principio universal de la acción mínima física de la función catenaria de Leibniz.

El trabajo de los diversos adversarios de los pitagóricos y Platón deja de lado la idea de poderes, en favor de ardidés tales como las definiciones, axiomas y postulados dizque autoevidentes de la geometría euclidiana o el sistema cartesiano del reduccionista. El uso que da Leibniz a la noción de poderes (dinámica) en su célebre denuncia del error fundamental de Descartes en el dominio de la física elemental, y al fundar —Leibniz— la ciencia de la economía física, le significa a la humanidad el descubrimiento de la capacidad de emplear un principio universal descubierto como fuente de un poder ampliado (una densidad relativa potencial de población superior) de la humanidad para mantener y elevar la fecundidad de la existencia humana en el universo.

En la ciencia europea desde los pitagóricos y Platón, el uso de los poderes descubiertos es la cualidad característica manifiesta del ser humano individual, que lo separa y lo pone por encima de los simios y toda otra forma de vida animal. La generación de este conocimiento de los poderes, y la perpetuación del mismo en la práctica física y la cultura de la sociedad, es la característica de la especie humana que separa al hombre de las bestias, del modo que V.I. Vernadsky distingue la obra de la humanidad, la noosfera, de todas las formas inferiores de vida. Es la existencia de las facultades creativas de la mente humana individual, así definidas, que los empiristas y otros reduccionistas niegan, lo que constituye la distinción característica de la humanidad y, por ende, de la sociedad y sus culturas.

Este principio lo identificamos, además, como el principio de la inmortalidad que separa al hombre de las bestias. La actividad característica de los miembros individuales de la especie humana, en especial como parte de la sociedad, es el poder de la creatividad (la dinámica) cuya existencia niegan los empiristas, entre otros reduccionistas.<sup>10</sup> La transmisión del acto reproducido de descubrimiento de tales principios es la única base adecuada para una psicología científica. La acumulación de tales principios descubiertos es lo que define una cultura humana, como Vernadsky define la distinción entre la noosfera y el dominio abiótico y la biosfera.

Así, en lo primordial, la cultura pertinente actúa sobre el ser humano individual, pero éste, en especial el individuo creativo, actúa sobre dicha cultura. La relación entre ambos es dinámica, más que una suerte de interacción mecánica entre la sociedad y el individuo volitivo. No reconocer esta interrelación es el defecto más común de la enseñanza y la práctica de la psicología.

10. En el mundo de *Alicia en el país de las maravillas* del empirismo, el negar la existencia funcional de un suceso de existencia funcional de una calidad distinta que con justicia se llama creatividad, toma la forma de aseverar que “la creatividad es lo que yo decida definir como tal en cualquier momento que escoja mi capricho personal”. Para los que piensan así, es sólo “una cuestión de diferencia de opinión”, un aserto histórico que pretende proscribir cualquier evaluación crítica del asunto como, tal vez, rechazar la razón en nombre de servir a la “democracia”.

Ya he abordado las implicaciones de estos hechos en mi reciente “Vernadsky y el Principio de Dirichlet”.<sup>11</sup> El método que subyace en el descubrimiento de Vernadsky de la cualidad elemental de las distinciones de principio entre los dominios de los principios experimentalmente abióticos, la biosfera y la noosfera, ilustra la continuidad de un método de descubrimiento fundamental de principios universales que asociamos con el origen egipcio de la geometría esférica, y que continúa como el método científico de los pitagóricos y Platón en el restablecimiento del método científico platónico clásico que emprendieron Nicolás de Cusa y otros en el siglo 15, y en el enfoque que Cusa presentó en su *De docta ignorantia* como la obra que abrió las puertas al desarrollo general continuo de la ciencia europea moderna a través de seguidores suyos tan notables como los antirreduccionistas Luca Pacioli, Leonardo da Vinci, Johannes Kepler, Fermat, Leibniz, y leibnizianos tales como Lázaro Carnot, Gauss, Arago, Wilhelm Weber, Alejandro de Humboldt, Dirichlet y Riemann.

### La ontología de la acción creativa

La característica común del rechazo de la forma de analfabetismo científico que se conoce como los métodos reduccionistas de la fenomenología, cae por tierra de modo ejemplar en lo que he destacado, en un documento previo, por ejemplo, como las implicaciones de la definición de biosfera y noosfera de ese célebre seguidor de Mendeléiev, Pasteur y Curie, el bioquímico ruso Vladimir I. Vernadsky.<sup>12</sup>

El método de Vernadsky es una expresión congruente del método que Nicolás de Cusa usó para fundar la ciencia física experimental moderna, al igual que el de seguidores explícitos de Cusa tales como Luca Pacioli, Leonardo da Vinci y Johannes Kepler, y también Fermat, Leibniz, Gauss y Riemann. Aquí resumo de nuevo el razonamiento que aplica, porque brinda una penetración esencial del modo en que se definen los principios universales probados de la ley natural, eso, del modo que lo exige la comprensión del asunto del derecho constitucional. La cuestión fundamental a abordar de este modo, con ese propósito, es la de la definición ontológica precisa de la *creatividad*, en tanto que esta idea de creatividad sólo se aplica a dos clases de fenómenos conocidos: la distinción absoluta entre el ser humano individual y las bestias, y el fundamento de precisión científica de la atribución de esa cualidad de una personalidad universal, la *personalidad* de un individuo conocido como el Creador.

De esta noción rigurosamente científica de la distinción entre el ser humano individual y las bestias, por estar hecho a imagen del Creador, depende, de forma única, la idea de la existencia real de un cuerpo de derecho natural. El método *dinámico* (por ejemplo, el anticartesiano) de los pitagóricos, Platón, Cusa y Leibniz cobra expresión de un modo único

pertinente en el desarrollo que hace Vernadsky de los conceptos de biosfera y noosfera.

Por razones de economía aquí, limitaré esta parte del informe a las consideraciones más indispensables que basten para aclarar mi razonamiento.

Para empezar, entiendo que el método científico como tal aborda el descubrimiento de la presencia eficiente de formas de existencia que causan la percepción sensorial, pero que no son percibidas dentro de sus confines. El ataque de Gauss de 1799 contra el fraude de la supuesta cualidad meramente “imaginaria” de las raíces matemáticas que reflejan la acción de poderes eficientes, es un punto de referencia típico. De hecho, la obra de Gauss de 1799 era una defensa del modo que las pruebas de la astrofísica de Kepler y del principio de acción mínima de Fermat habían llevado al desarrollo mejorado de Leibniz del cálculo *ontológicamente infinitesimal*, con su principio físico universal de acción mínima ligado a la catenaria. La implicación, desde la época de los pitagóricos y Platón, ha sido que los principios físicos universales no son objetos directos de la percepción sensorial, sino que *son principios eficientes que se conocen por sus efectos* al generar ciertas clases de fenómenos cruciales en la esfera de la percepción sensorial. A más tardar desde esa época antigua, *la ciencia ha significado descubrir, y usar a voluntad y con eficacia, esos principios superiores eficientes que causan efectos conocidos a los sentidos, pero cuya existencia no es en sí misma un objeto directo de la percepción sensorial.*

En la fundación de la ciencia física moderna, este principio fue la premisa de Cusa en su *De docta ignorantia* y obras subsiguientes en este dominio. El descubrimiento de Kepler de la gravitación universal, el de Fermat del principio de acción mínima (por ejemplo, el “menor tiempo”), y el de Leibniz de la acción física mínima universal ligada a la catenaria, son ejemplos primordiales de este principio.

El estudio del trabajo sucesivo de Pasteur y Curie, y de Vernadsky, amplió enormemente la base experimental para la aplicación de este principio. La forma general del resultado es el siguiente:

Comienza con el principio de la vida. Así como Kepler definió la gravitación en tanto efecto universal que yace fuera de los límites del método reduccionista del seguidor de Aristóteles, Claudio Ptolomeo, la *gravitación* es un principio que no existe en tanto concepto científico sistémico dentro de los confines de la simple fenomenología. Del mismo modo, el principio físico universal de la *vida* lo definen de forma experimental los estados existentes de organización de la materia inerte que nunca son producto de los procesos inertes. En otras palabras, a la vida la define su eficacia singular manifiesta para generar acumulaciones de fósiles que no pueden atribuírsele a los estados inertes. Asimismo, a la *cognición* la define la generación de fósiles acumulados de una clase que no puede atribuírsele a los mismos procesos que producen los fósiles de la biosfera.

Por ende, la creatividad se define como la generación de principio del aumento en el poder de generación de productos

11. *Sobre el principio noético: Vernadsky y el principio de Dirichlet*, por Lyndon H LaRouche (*Resumen ejecutivo de EIR* de la 1ª quincena de agosto de 2005, vol. 22, núm. 15).

12. *Ibíd.*

fósiles de la noosfera. La acción mental responsable de esto no puede atribuírsele a los procesos vivos en general, sino que tiene expresión en la forma de un cambio en el poder que el ser humano individual puede generar en tanto cualidad de auge en el ritmo característico de crecimiento cualitativo, más que sólo cuantitativo, en una fase de la noosfera.

Esta facultad surge sólo en el intelecto individual humano, y nunca mediante algún proceso meramente vivo ni a través de la intervención colectiva de seres humanos individuales. Esta facultad reside fuera del individuo humano biológico, pero interactúa con éste de modo eficiente. Sólo aparece en cierta especie, el hombre, y nunca se ha sabido que ocurra en ninguna otra especie viva. Por tanto, decimos que la forma de vida humana es adecuada para propagar esta cualidad distintiva de los seres humanos individuales. Es un principio universal que, en tanto tal, toma control, a modo de infección, del surgimiento del concepto biológico del ser humano individual.

Como resultado, el fin de la vida del ser humano individual no acaba con la existencia del aspecto de éste que distingue a esa persona de la existencia de las bestias.

El aspecto que distingue a este ser humano individual vivo es su generación u otra propagación del conocimiento comunicable de principios físicos universales descubribles, como los de la ciencia física competente y las contribuciones al conjunto de los modos clásicos de composición artística. Esta intervención en la sociedad vuelve inmortal al ser humano individual, tal como el conocimiento empírico de la transmisión de semejantes intervenciones creativas nos da la certeza de la inmortalidad de esa cualidad del individuo ya fallecido en la sociedad.

Esta cualidad de la creatividad individual no tiene expresión en tanto una suerte de intervención mecánica, sino con una pasión que el cuerpo vivo se ve inducido a expresar en el intervalo de acción en el que ocurre el acto de descubrimiento en cuestión, sea como descubrimiento original o como reproducción de la experiencia, aun la experiencia personal de revivir semejante descubrimiento. La reproducción de tales actos válidos de descubrimiento, como en los programas educativos dignos de defensa, evoca la cualidad específica de pasión que asociamos con la sensación “ilustradora” del acto de mentalización creativa. Ésta es la cualidad que encarnan composiciones corales más simples y ejemplares como *Jesu, meine Freude* de J.S. Bach y *Ave Vérum Corpus* de Mozart.<sup>13</sup>

13. Cuando estas obras corales se ejecutan conforme a la intención del compositor, hay pasajes que evocan un sentido de belleza exquisita en el público y el director. El efecto es un reflejo del mismo principio de modalidad que con más renombre se asocia con el cuarteto de cuerdas opus 132 de Beethoven, y se asocia también con la misma modalidad lídica decisiva del *Ave Vérum Corpus*. La expresión de esta experiencia de pasión *agápica* le asegura al director que ha definido la ejecución, que la interpretación es correcta. Es, de manera recíproca, la función de esas modalidades, la que define el modo en que una composición bien temperada debe ejecutarse, cosa de producir tanto ese momento de pasión, como para descubrir que la delineación de los ajustes más sutiles de las tonalidades en la interpretación

Aquí reside la distinción entre el amor bestial (“erótico”) y el *agápico*. Es ese principio del amor *agápico* el que define de forma implícita el principio motor de la ley natural universal. Toda enfermedad mental típica expresa los efectos patológicos del dominio que la cualidad bestial que denominamos erótica ejerce sobre la personalidad.

### La patología llamada empirismo

La idea de la relación que hay entre la ley natural y la creatividad humana individual era la cualidad de la tradición platónica, como la expresaba la obra de los apóstoles Juan y Pablo en el cristianismo apostólico. Aparece como el rasgo central de los conceptos de Dante Alighieri de ley natural y uso del lenguaje, y es la característica medular del gran concilio ecuménico de Florencia del siglo 15. No obstante, con la caída de Constantinopla, la restauración del poderío de la oligarquía financiera de Venecia desató la tradición de odio propia del Imperio Romano y la alianza entre la oligarquía financiera veneciana y la caballería normanda en el período de las cruzadas contra los albigenses y la conquista normanda, un mal que perduró hasta la “Nueva Era de Tinieblas” de la Europa medieval del siglo 14. La religión medieval del odio, que ardió desmandada bajo la bandera del gran inquisidor de España, casi aplastó la fundación del Estado nacional moderno hasta el Tratado de Westfalia de 1648. A mediados de este período de horror de 1492–1648 las filas de la oligarquía financiera veneciana vivieron un cambio interno con el surgimiento del llamado “Nuevo Partido” veneciano, que estuvo al mando de Paolo Sarpi. Sarpi fue el fundador del “Nuevo Partido Veneciano” que devino en el sistema del empirismo liberal angloholandés.

La Compañía de Indias Orientales británica se estableció como un imperio con el Tratado de París de febrero de 1763, bajo el dominio en aumento de lord Shelburne, mediante el éxito del partido liberal angloholandés en engatusar al necio “Rey Sol” de Francia, Luis XIV, y la subsiguiente guerra fratricida de los “Siete Años” que orquestó la monarquía británica entre los necios con corona de Europa.

El aspecto característico del legado de Sarpi, conocido como empirismo, fue la defensa del rasgo inhumano esencial del Zeus olímpico del *Prometeo encadenado* de Esquilo. Zeus llegó al grado de condenar al tormento eterno al servicial Prometeo, el amigo de la humanidad, en castigo por brindarle el conocimiento del fuego a los seres humanos. Los seguidores de Paolo Sarpi no fueron tan lejos como Zeus. El grado de clemencia del Nuevo Partido de Venecia no lo dictaba la

han sido correctos, y han causado que la pieza en su totalidad se escuche como una sola idea inconsútil de principio a fin. Es ese efecto el que le comprueba a los músicos, y a un público sensible, que la ejecución fue una interpretación correcta en la cual dirigir, como recetó Wilhelm Furtwängler, “como entre las notas”. Los principios del sistema bien temperado de Bach no tienen nada que ver con las matemáticas reduccionistas de la escala, sino con la obligación de evocar los momentos de pasión que corresponden en una forma que genere esa unidad de efecto.

benevolencia, sino las realidades estratégicas.

El Renacimiento del siglo 15, del que eran típicos la obra del cardenal Nicolás de Cusa, quien especificó la política que guió a Cristóbal Colón a través del Atlántico, y el seguidor declarado del genio de Cusa en la ciencia, Leonardo da Vinci, originó un fermento estratégico significativo de progreso tecnológico, de forma más notable, con el fundador del Estado nacional francés Luis XI, y con su admirador y seguidor, Enrique VII de Inglaterra. En estas condiciones que produjo el impacto de las reformas del siglo 15, las nuevas realidades de la guerra moderna impidieron que hubiera una supresión universal del progreso científico y tecnológico, como la que constituyó el impulso “cerocrecimentista” del viejo partido medieval de Venecia.

Así, en vez de nada más proscribir el progreso científico, los seguidores del “Nuevo Partido” de Sarpi lo atacaron de raíz suprimiendo la ciencia de Leonardo, Kepler, Fermat y Leibniz. Este ataque devino en la superchería sistémica conocida como el método cartesiano y sus retoños, como la propagó a mediados del siglo 18 la red de salones “newtonianos” urdidos por el abad y agente veneciano Antonio Conti. Los círculos de Mazarino y Colbert, contando a quien fuera protegido de este último, Leibniz, siguieron siendo una fuerza sumamente poderosa de resistencia a esta intentona del Nuevo Partido Veneciano de baldar el progreso científico y tecnológico, hasta la muerte de Leibniz en 1716.

De modo que, con la muerte inminente de la reina Ana de Inglaterra, por un tiempo la facción angloholandesa del tirano Guillermo de Orange y Marlborough surgió como la fuerza política dominante en Europa, hasta que empezó la resistencia americana, en los años inmediatos que siguieron al Tratado de París de febrero de 1763.

Fue la resistencia americana y europea al nuevo empuje de la tiranía liberal angloholandesa imperial, lo que definió el ambiente del Renacimiento europeo clásico del que la lucha americana por la independencia devino, cada vez más, en el aspecto central. Fue durante este renacimiento de fines del siglo 18, que tuvo lugar la restauración de la tradición científica de Leibniz.

La ciencia no murió con Leibniz en ese intervalo, pero sufrió apenas un retroceso significativo tras su muerte. Antes, en la secuela de ese Tratado de Westfalia de 1648 que en gran medida fue posible por intervención del cardenal Mazarino, Francia siguió a la vanguardia del progreso fundamental en la ciencia europea con el protegido de Mazarino, Jean-Baptiste Colbert, hasta que Alemania asumió la guía desde más o menos fines de los 1820 en adelante, lo cual coincidió con que el protegido de Alejandro de Humboldt, Lejeune Dirichlet, se mudó de Francia a Berlín. Los círculos de Monge y Carnot fueron típicos de la permanencia tenaz del legado de Colbert en Francia durante la supresión del período más pujante del trabajo de la École Polytechnique de Francia, antes de la decadencia que Napoleón puso en marcha al adoptar a Lagrange, y la ruina de la École bajo la dirección del protegido de Lapla-

ce y sospechoso de plagio Agustín Cauchy.<sup>14</sup>

Gauss, como lo adoptó el influyente Alejandro de Humboldt, es típico del renacimiento leibniziano continuo que a fin de cuentas, hacia mediados del siglo 19, fijó el ritmo del progreso. Sin embargo, en el apogeo de los ardidés que los británicos usaron para destruir las normas de rigor establecidas por Gauss, Wilhelm Weber, Dirichlet y Riemann, la ciencia alemana fue socavada de manera significativa al modo típico de la campaña salvaje con la que se pretendió enloquecer a Georg Cantor, y del subsiguiente ataque fanático de los seguidores positivistas de Ernst Mach a Max Planck en el período de la Primera Guerra Mundial.

Hoy, con la decadencia cultural extrema y la hegemonía relativa de la influencia de los positivistas radicales y los existencialistas, la fecundidad científica en cuestiones de principio físico ha desfallecido, desde la muerte de las figuras más destacadas de los 1930, 1940 y 1950, y el impacto cultural catastrófico que significó que las posiciones dirigentes las asumiera la generación “del 68”, cuyas facultades cognoscitivas habían sufrido un grave daño sistémico ya desde los 1950, cuando el Congreso a Favor de la Libertad Cultural, el cual era existencialista a rabiar y aborrecía a Roosevelt, influyó a los niños y adolescentes. El derrumbe de una base popular para la excelencia artística clásica en la música, el teatro y la literatura, así como en las artes plásticas, forma parte de la pauta actual de virtual exterminio de los hábitos de la creatividad científica y demás. Así, el empirismo ha llegado hoy al extremo que sus métodos para aplastar el potencial creativo de la población en general han tenido un éxito desmedido en acarrear la autodestrucción de las culturas en las que ha morado por demasiado tiempo.

Esta decadencia, arraigada en la influencia del empirismo, no sólo ha desarraigado en gran medida la capacidad de las naciones para entender el concepto de ley natural, sino que ha hecho que quienes moran esa cultura decadente deseen con vehemencia, casi como una meta suicida, la autodestrucción de las culturas nacionales. Es como si hubieran arrancado de la opinión pública la pasión amorosa para hacer el bien por el bien mismo, esa pasión que es el motivo idóneo de la práctica económica y de toda otra de importancia.

---

## 2. El caso de Pericles: la evolución dinámica de las culturas

---

En indiscutible que, a diferencia de nuestro actual Presidente, no puede calificarse de modo que tenga sentido a Pericles de Atenas en lo personal como demente; él fue una inteli-

---

14. Uno de los escritos decisivos de Niels Henrick Abel sobre sus aportes a la física matemática, fue tomado y suprimido, y parte de su contenido fue copiado por Cauchy y presentado como su propia obra, sin darle crédito a Abel. Al morir Cauchy, el escrito dizque “perdido” de Abel apareció en los archivos personales de Cauchy.

gente figura pública consumada que tuvo la desgracia histórica de ser parte integral de la cultura imperialista de la antigua Atenas de entonces, que estaba contaminada por el sofismo. Fue parte de la cultura imperante en Atenas, conformada, casi dos y medio milenios antes de Prescott, George H.W. y George W. Bush, por los cómplices en la decisión de imponerle una autoridad imperial arbitraria a sus aliados, como la que los Gobiernos angloamericanos de Margaret Thatcher y George H.W. Bush exigieron al deshacerse la alianza del Pacto de Varsovia.

La decadencia de Atenas, desde su cenit moral con Solón hasta su descenso a la ruina política con Trasímaco, con la acometida de la destructiva guerra del Peloponeso que empezó con Pericles, es una imagen que encuentra su paralelo en la insensatez que hizo presa de los EUA en la transformación que llevó, de la muerte del presidente Franklin Roosevelt, al nuevo imperialismo posterior a 1989 con la asociación entre el presidente George H.W. Bush, y los Gobiernos de la primera ministra Margaret Thatcher y el Gobierno francés —propiedad virtual del partido de la Thatcher— del aborrecedor de De Gaulle y Alemania, François Mitterrand.

La fantasía irracional del dogma del “fin de la historia” del neoconservador Francis Fukuyama expresa una demencia peor que la locura imperial ateniense, una que llevó al extremo los límites de la obscenidad histórica con la asociación lunática entre el verdadero sucesor de la Maggie Thatcher en Gran Bretaña, los tiranos bélicos de depravación infinita, el primer ministro Tony Blair y sus compinches criminales candidatos a Nerón, el binomio de Bush y Cheney.

Considera algunos casos rematados relacionados, típicos de las pruebas que han de considerarse a fin de entender la relación recíproca entre la intervención del individuo para introducir cambios en la cultura, y el modo en que tienen lugar estos cambios; no sólo el modo en que se altera la conducta de los miembros individuales de la sociedad, sino cómo esa conducta alterada de los individuos, en especial de los destacados, puede cambiar las características de la cultura. Son las implicaciones de los cambios en la cultura, no las personalidades como tales, las que han de tratarse como el interés primordial que gobierne la forma en que tenemos que interpretar nuestro derecho constitucional.

Como en el caso de Pericles, la histeria de una masa de gente a la que un torrente de decadencia moral ha capturado y hecho presa, atrapa a todos con una fuerza que raya en la psicosis colectiva, menos a los hombres y mujeres de principio con una firmeza de lo más excepcional. Vimos esto en la capitulación del Senado a los torrentes de mentiras de Dick Cheney, al autorizar la zambullida anticonstitucional del Gobierno de los EU en el pantanal ahora sin remedio que es Iraq, y que empeora con rapidez. En otras palabras, para entender el porqué del pánico del Senado en capitular a las mentiras de Cheney, tenemos que tomar en cuenta ahora, como en el caso de Pericles, cómo es que todos, menos los hombres y mujeres de carácter excepcionalmente fuerte, son víctimas con demasiada facilidad de un pánico popular que atenaza a la mayoría



*El caso de Pericles (c.495–429 a.C.) demuestra “cómo es que todos, menos los hombres y mujeres de carácter excepcionalmente fuerte, son víctimas con demasiada facilidad de un pánico popular que atenaza a la mayoría de una población con una fuerza como la de una psicosis colectiva”.*

de una población con una fuerza como la de una psicosis colectiva. No debemos ser tan infantiles como para pasar por alto las características dinámicas de los procesos sociales, en los cuales el individuo actúa tanto como origen como consecuencia interactuante de la dinámica real del proceso histórico-cultural en su conjunto.

Como en el caso de la Atenas de Pericles, el nombre de la corrupción moral que hizo las veces de un pánico prácticamente psicótico, fue la misma enfermedad sofista que manifestó el partido democrático de Atenas que ejecutó el asesinato judicial de Sócrates. Ésta fue una sofistería similar a la que renació entre los hijos de esas familias estadounidenses de los 1950 y 1960, que fueron bombardeados por la influencia combinada de la movilización aterradora de guerra nuclear “preventiva” de fines de los 1940, y el “macartismo” y el impacto del Congreso a Favor de la Libertad Cultural (CFLC). La campaña de mentiras desaforadas del CFLC sobre la historia, y su fomento de la forma corrosiva de sofismo relacionada con su principal expresión alemana, la mentada “Escuela de Fráncfort”, eran típicas de esa indoctrinación de los hijos de la aterrada clase media y otros parecidos de los 1950 y 1960, que resultó en la proliferación de la depravación moral y cultural entre lo que da en llamarse la “generación del 68” de mediados a fines de los 1960 y 1970.

El resultado de este condicionamiento de las partes afectadas de la población general es una variante de lo que seguido he descrito como “el síndrome de la pecera”. La población afectada adopta un conjunto mixto de supuestos razonables y absurdos como elementos más o menos axiomáticos de pautas de creencia “autoevidentes”. Cualquier realidad experimentada fuera del ámbito de tales supuestos adoptados, es desatendida o rechazada de manera activa de un modo que tiende a remedar lo que reconoceríamos como fugas histéricas de la

realidad, como las relacionadas con la verdadera psicosis funcional. Este conjunto de estructura de creencia excluye la existencia posible de todo lo que no encaje en los linderos de lo que el “síndrome de la pecera” permite considerar como “creíble”.

En el caso de una forma de psicosis colectiva como la sofistería, las características de las expresiones de incredulidad u otras semejantes del sofista, cobran forma en gran medida por el hecho de que las pruebas excluidas le niegan al sofista la capacidad de probar en realidad ninguna de cuantas proposiciones suyas haya excluido, en principio, la lógica del “síndrome de la pecera”. Así, el sofista halla un sustituto de la verdad en lo que asume es la opinión popular, suponiendo que su engaño lo comparten, de forma más o menos activa, otros lunáticos como él. Por ejemplo, “yo no vi eso en los medios” significa por ende, para el sofista, “nunca ocurrió”. Para el pobre sofista, la economía estadounidense que trataba hacia un estado físico cada vez más pobre de bancarrota nacional general, es venerada como si siguiera el camino de la riqueza siempre en aumento, aunque sólo sea porque la última tanda fraudulenta de “informes del mercado” insiste, como la propaganda electoral del presidente Herbert Hoover en 1931, que la “prosperidad está a la vuelta de la esquina”, con “un pollo en cada olla”. (Luego de 1968, la consigna comparable sería: “Pronto a todo pollo lo rellenarán de mota”).

Esa clase de síndrome que antes había llevado al derrumbe de la antigua civilización griega con la guerra del Peloponeso, como ahora el régimen actual de Bush y Cheney, al parecer ha llevado ahora a los EUA a la proliferación innecesaria de una guerra de suyo destructiva, como sucede ya en Iraq y Afganistán, donde no puede garantizarse ninguna victoria angloamericana verdadera. Ese régimen de Bush y Cheney ha tenido un papel protagónico, junto con la élite financiera dominante del imperialista liberal Blair, en llevar a todo el planeta a la ruina implícita de la embestida del desplome del sistema de hegemonía compartida angloamericana global.

La guerra no tan sustituta en Afganistán, emprendida por los auspicios del Zbigniew Brzezinski de la Comisión Trilateral, y peleada, como lo han hecho el vicepresidente George Bush y Jimmy Goldsmith de la Gran Bretaña, contra el “el lado flaco de la Unión Soviética”, ha devenido en el estado permanente de guerra irregular casi irremediable financiada por el narcotráfico, que exuda del “Estado fracasado” del consiguientemente arruinado Afganistán hacia la vecinas Asia Central y Transcaucasia, y hacia Ucrania y más allá. Esta guerra aún tiene el apoyo de las fuerzas en realidad no tan encubiertas de los EU y Gran Bretaña. Entre tanto, toda la guerra irregular angloamericana activa le saca hasta la última gota a las capacidades militares y demás de los EU, mientras que un concierto de firmas que prácticamente son dueñas de buena parte del alma del Gobierno de Bush y Cheney, como Halliburton, se chupan el Tesoro de los EU hasta el tuétano.

Así, los triunfalistas de después de 1989, como el presidente George H.W. Bush que se adjudicó el crédito por la

ruptura del sistema del bloque soviético luego de que ya había ocurrido, fueron la misma pandilla que dijo que no se veía venir un acontecimiento tal como esa ruptura, aun a sólo meses de que dicho acontecimiento fuera un hecho consumado.

Ese caso de la IDE sigue teniendo una importancia central para entender la situación del mundo entero hoy.

### **La enseñanza de la IDE**

Puedo decir lo que digo sobre George H.W. Bush y el caso de la IDE con especial autoridad, pues yo fui el autor de lo que el presidente Ronald Reagan llamó su “Iniciativa de Defensa Estratégica” (IDE), y yo fui quien le advirtió al Gobierno soviético, en una reunión en febrero de 1983, a través de las pláticas extraoficiales que realizaba en el interés del Presidente, que si éste le ofreciera al Gobierno soviético la negociación propuesta que yo le había esbozado para su consideración, y que si rechazara de plano esa oferta del Presidente, entonces el sistema soviético se derrumbaría “en unos cinco años”, en lo principal por motivos económicos. El Presidente hizo el ofrecimiento unas semanas después, y Yuri Andrópov la rechazó sin discusión. Pronto la Unión Soviética cayó, aproximadamente como había pronosticado la probabilidad de que esto ocurriría.

A partir de entonces el Gobierno soviético, la mayoría de los adversarios de la IDE entre los allegados de Reagan y la dirigencia del Partido Demócrata me aborrecieron. Me odiaron porque logré que mi propuesta estuviera tan cerca de tener éxito, que si el Gobierno soviético simplemente hubiera aceptado explorar las implicaciones de lo que había expresado y que el presidente Reagan afirmó oficialmente, esto le habría dado marcha atrás al curso desastroso que seguía la conflictiva inversión emocional de larga data, pero apasionada, que esas facciones habían hecho en el gran juego posterior a Franklin Roosevelt de la llamada “Guerra Fría”. El odio del uno contra el otro que invirtieron mis diversos adversarios cobró un valor mucho mayor para ellos que la existencia continua de la civilización. Esta oposición a la IDE desde dentro de gran parte del Gobierno mismo de Reagan, y la oposición fanática de los dirigentes del Partido Demócrata, ocurrió a pesar del amplio respaldo que había ganado a mi iniciativa, no sólo en los grupos pertinentes de los EUA, sino entre los altos círculos militares de los EUA, Francia, Alemania, Italia y otras partes.

A consecuencia del asombroso éxito que casi alcancé en mi colaboración con el círculo íntimo pertinente asociado con el presidente Reagan en este asunto, me convertí en blanco de las redes del vicepresidente George H.W. Bush en los EUA. El miedo a mi potencia demostrada, combinado con este odio, fue la única causa de la forma en que fui blanco de ataques desde fines de marzo de 1983 hasta 1989. Por ese motivo, y sólo por ese motivo, el aparato secreto de “seguridad interna” del Departamento de Justicia desvirtuó y rompió prácticamente todas las leyes, por más de una década, debatiendo qué era más provechoso: simplemente mandarme asesinar, o esperar a que un juicio fraudulento y un pronto encarcelamiento prolongado, bajo cualquier pretexto urdido, me



*LaRouche y Ronald Reagan participan en un debate en Nueva Hampshire durante la contienda presidencial de 1980. Tres años después Reagan apoyó el plan de LaRouche para una nueva era de “sobrevivencia mutuamente asegurada”, en base a la defensa estratégica; lo que Reagan llamó la Iniciativa de Defensa Estratégica. (Foto: Stuart Lewis/EIRNS).*

eliminar en tanto factor significativo en nuestra vida nacional. Así que, por ese motivo, y sólo por ese motivo, por un tiempo desde fines de 1983 y hasta después de 1989 fui el blanco de los intentos de elementos de los EU por asesinarme o encarcelarme y, al mismo tiempo, de las frecuentes exigencias flagrantes, publicadas por todas partes en 1986, del Gobierno soviético del secretario general Gorbachov en ese sentido, por el mismo motivo.

Me enviaron a prisión luego de ponerme una serie de trampas judiciales en enero de 1989, poco más de seis meses antes de que cayera el sistema soviético. Así, a poco más de seis años de mi pronóstico de los “cinco años” de febrero de 1983, comenzó la desintegración del sistema soviético. También es notable que, en una conferencia que tuvo lugar en el hotel Kempinski–Bristol de Berlín el 12 de octubre de 1988, el Día de la Raza, había advertido de la amenaza inmediata de un desplome de los Estados del CAME, empezando por Polonia; esa conferencia de prensa fue difundida después, tal como la presente, en una red nacional de televisión a fines de ese mismo mes.

Entre tanto, en el propio Gobierno estadounidense, el presidente Ronald Reagan había llegado a apoyar con sinceridad, de manera muy independiente de la iniciativa que le sugerí, lo que le había propuesto que le ofreciera al Gobierno soviético. Por mucho tiempo el veterano de la Segunda Guerra Mundial Reagan se opuso con pasión y en público al sistema que él asociaba con Henry A. Kissinger, a quien había desdeñado y atacado abiertamente a este respecto. Ésa fue la coincidencia de fe y compromiso relacionado en el que estuvo basada la aceptación y el subsiguiente respaldo de la presidencia de Reagan a mi propuesta, en oposición a la locura tecnológica del ardid de “mentalistas doblacucharas” de la Frontera Superior, de Daniel P. Graham de la Fundación Heritage. El Presidente, en efecto, adoptó lo que propuse, bautizándolo como

la IDE, porque eso representaba un modo probado de alcanzar una meta que él tenía desde hacía mucho: el fin de la demencia satánica de un sistema de terror basado en lo que él denunció como las “armas de venganza”.

De hecho, la IDE era la única alternativa que existía con una expectativa razonable de evitar la amenaza de guerra nuclear, la cual era una amenaza militar activa hacia 1989, y también de darle marcha atrás a esas tendencias retrógradas de las economías estadounidense y europeas que el Gobierno de Nixon había desatado con la destrucción del sistema de Bretton Woods. Éste era el único medio presentado en realidad para de veras darle marcha atrás a la ruina que le acarreo a la economía interna estadounidense de 1977–1981, la función de Brzezinski como sucesor de Henry Kissinger en la coordinación de la destrucción del sistema proteccionista que fuera el secreto del éxito económico de los EU, tanto con Franklin Roosevelt como con el logro del presidente Dwight Eisenhower en evitar las peores medidas que proponían elementos del “complejo militar industrial” dentro de su propio Gobierno.

El “secreto” manifiesto de la IDE, y de mi participación única en ese proyecto, no estuvo tanto en las armas bélicas como en la clase de viejos principios estadounidenses llanos del progreso científico–tecnológico agroindustrial y del comercio justo, que en repetidas ocasiones pusieron a los EUA en una posición de liderato mundial entre las economías nacionales. Por consiguiente, el “secreto” manifiesto de la IDE en realidad no era ningún secreto, sino un hecho bien establecido de la superioridad de los aspectos hamiltonianos del Sistema Americano de economía política que la Alemania de Bismarck, el Japón de la era Meiji y otros habían copiado, con gran provecho, desde aproximadamente 1877 en adelante, sobre la base de estudios que encomiaban la superioridad demostrada del Sistema Americano de economía política posterior a la Confederación, como con Hamilton, Federico List y Henry C. Carey, sobre todos los sistemas económicos rivales del mundo.

Como lo había demostrado de modo tan brillante Luis XI de Francia, las guerras mejor ganadas son aquéllas que no se pelean porque uno cultiva y despliega su margen de ventaja para ser generoso y llevar al adversario real o potencial a cooperar, no en razón de un estímulo explícito, sino por el bien que le representa aceptar ese acuerdo. Ésa es la estrategia verdadera que los Gobiernos actuales de Bush y Cheney, y de Blair, en su devoción a la insensatez prácticamente descerebrada, han proscrito, en efecto, por cuanto se tolere su gestión: hacer superior a la nación de uno en materia de las cosas buenas de la vida y, así, ser generoso de formas que son de común provecho para todos los involucrados; proscribir a Tomás Hobbes, y aprender de la sabiduría de Mazarino y Jean–Baptiste Colbert; evitar, como Colbert aconsejaba, la necedad colosal de Luis XIV de abrazar la Fronde decadente y de suyo traicionera.

En el caso de la Unión Soviética de la era posterior a Franklin Roosevelt y Stalin, su proverbial “talón de Aquiles”

fue el “oblomovismo” tecnológico virtual del hiperideologizado y burocratizado sector civil de la economía soviética durante el reinado de la tontería reduccionista del materialismo dialéctico, en contraste con los virtuales milagros científico–tecnológicos impulsados por la ciencia de las capacidades militares soviéticas. El quid de mi razonamiento, desde fines de 1977 en adelante, era que si los EUA y la Unión Soviética cosechaban su potencial conjunto para desarrollar modos científicos factibles con tasas en efecto altas de eficacia contra el éxito estratégico neto de cualquier lanzamiento balístico estratégico, un acuerdo en esa perspectiva alejaría a la economía estadounidense del precipicio del estancamiento y el desplome tecnológico, y canalizaría el sector civil de la economía soviética a derrotar al peor enemigo interno de la población soviética: la amplia proliferación del “oblomovismo” enemigo del progreso en sus sectores de producción civil e infraestructura básica. Compartir a escala mundial estas nuevas tecnologías desarrolladas de forma obligada con propósitos civiles, resultaría en una transformación revolucionaria de la condición de la sociedad mundial en direcciones congruentes con los logros del Sistema Americano de economía política.

Esta alternativa, que el hace poco finado doctor Edward Teller describió en una ocasión en 1982 como el viraje del conflicto hacia el servicio de “las metas comunes de la humanidad”, era el propósito de la IDE. El problema político especial que enfrentamos desde dentro del propio aparato soviético, fue que la dirigencia del régimen de Andrópov ya no encarnaba lo que los viejos socialistas pragmáticos hubieran considerado como objetivos humanos respecto a la paz y la tarea de mejorar las condiciones generales de vida en todo este planeta. Las semillas de la corrupción colectiva que luego expresaron esos jóvenes neoburócratas adiestrados por los británicos y patrocinados por Andrópov, que se hicieron típicos del saqueo que los multimillonarios le infligieron al sistema postsoviético, era ya una expresión de la profunda corrupción moral que motivó el rechazo incontenible de Andrópov a la propuesta generosa del presidente Reagan, una propuesta que expresaba el viejo repudio que ese Presidente sentía por el sistema de “destrucción (termonuclear) mutuamente asegurada” (MAD), que de forma apropiada el señor Reagan había asociado con pasión y a voz en cuello con la personalidad ejemplar y más bien aborrecible del depredador señor Henry A. Kissinger.

La derrota de mi esfuerzo, y el del presidente Reagan, para sacarnos a todos de la pesadilla, aseguró de manera automática un fortalecimiento soviético de las opciones militares tales como el Plan Ogarkov. En eso fue que enfoqué la atención al advertirle a mi contraparte soviética contra rechazar la propuesta de un programa relámpago de defensa estratégica contra proyectiles nucleares, advirtiéndole, en febrero de 1983, que rechazar semejante ofrecimiento del Presidente resultaría en un derrumbe del sistema soviético a manos del gasto militar “en unos cinco años”. Para entonces, el Plan Ogarkov soviético como tal estaba muerto, pero la necesidad

que representaba había sobrevivido. La insensatez soviética de mantener la alternativa de la Tercera Guerra Mundial en el programa, estaba en realidad más del lado de las facciones estadounidenses que se opusieron a la IDE, que del Gobierno soviético. De haber insistido en la propuesta original que presentó el presidente Reagan el 23 de marzo de 1983, hubiéramos podido ganarnos al lado soviético para la IDE.

Al abrirse la lata conocida como los planes y capacidades del régimen comunista alemán oriental, luego de 1989, nuestro lado descubrió que el plan de un ataque soviético para aplastar a Alemania en muy poco tiempo estaba prácticamente en la plataforma de lanzamiento al momento de la caída del Muro, para el período inmediato.

La estupidez de quienes no apoyaron al presidente Reagan en esto de la IDE, y la estupidez peor y la corrupción del régimen de Andrópov, están ahora, en tanto hechos, a la vista de todo el que quiera reflexionar con honestidad sobre las pruebas ahora a mano. El rechazo del ofrecimiento del Presidente a Andrópov, y el factor agravante del sabotaje de ese esfuerzo desde dentro de grupos importantes de los EUA, fue el punto de inflexión a partir del cual la situación interna de los EUA ha empeorado de forma constante en el largo plazo, desde entonces.

Sin embargo, la estupidez que raya en la insensatez criminal de una imprudencia deliberada, como rechazar la IDE, no deja de ser una característica propia de ciertas fases en la evolución de la cultura, como fue el caso con la historia de Atenas, desde Pericles hasta Trasímaco, el modelo original del secretario de Defensa Donald Rumsfeld y su pandilla de gallinazis “neoconservadores” straussianos.

El siguiente gran paso de decadencia desde el de Thatcher y Bush en 1989, fue el de Blair, Bush y Cheney en enero de 2001. Para entender cómo se urdió esta fase de la tendencia posrooseveltiana, tenemos que remontarnos a la época en que el abuelo de nuestro presidente en turno, Prescott Bush, de Brown Brothers, Harriman, en concierto con Montagu Norman del Banco de Inglaterra, dirigió la pandilla que puso a Adolfo Hitler en el poder en Alemania.<sup>15</sup> Este apoyo a Hitler entre los banqueros angloamericanos, quienes, como Harriman, luego se volvieron en su contra, tiene una importancia decisiva para entender la política estadounidense actual. Este entusiasmo de los financieros angloamericanos por Hitler en los 1930 fue prefigurado por los cómplices de Winston Churchill, cuando usaron a un agente de inteligencia británico de los días de la Joven Turquía, el banquero veneciano Volpi di Misurata, como el arquitecto intelectual del ascenso del dictador fascista Benito Mussolini al poder en Italia. La historia es un proceso, y ese proceso tiene su historia.

Entonces, el príncipe de la Corona imperial británica, más tarde Eduardo VII, tuvo una función destacada en la reedición de la guerra de los Siete Años orquestada por Londres, que había establecido a la Compañía de las Indias Orientales britá-

15. Uno no podría aseverar que el presidente George W. Bush, adquirió sus locuras “honestamente”.



*Soldados estadounidenses en Faluya, Iraq, en medio de una pantanosa situación en Iraq que deteriora rápidamente. (Foto: Sargento Charles B. Johnson/U.S.Army).*

nica de 1763 como un imperio de facto. Eduardo VII siguió el precedente al organizar lo que devino en la Primera Guerra Mundial.

No obstante, la respuesta a la pregunta de algunos, “¿la historia se repite?”, es: “Nunca; la historia es un proceso dinámico, no uno mecanicista”.

### **La dinámica de la cultura**

Es absurdo hablar de una *cultura* de simios o, como lo implica el relato que hizo la primera dama Laura Bush en la cena con los corresponsales de la Casa Blanca el 2005 en Washington, sobre el presidente en funciones (según relataron los observadores, el propio Presidente recibió el poco de humor con el que trató de salir su esposa con una suerte de aplomo desesperadamente fingido que los observadores perspicaces e ilustrados han de haberle atribuido a sus intentos por resistir la tentación de aliviar un ataque de picazón en la entrepierna). *En una conversación cortés, aun en ocasiones ceremoniales, uno no habla en público de “la cultura” del ciclista de campo traviesa número uno de nuestra nación, el presidente George W. Bush hijo, con su gorrita de helicóptero y todo.*

La distinción del miembro individual de la especie humana es el poder de razonar, la capacidad de generar un acto de descubrimiento de un principio físico universal cuya existencia en tanto entidad yace fuera de los confines sombríos de los meros fenómenos. El grado al cual el comportamiento de la especie humana asciende por encima del nivel de cultura achacable a un chimpancé macho adulto en celo, lo que podemos identificar con propiedad como cultura, es producto del todo de esa facultad mental creativa única específica de la especie del ser humano individual.

La acción creativa de la mente individual cobra expresión, mediante los descubrimientos de principios físicos universa-

les, en cuatro clases de modos de forma simultánea. Primero, las intervenciones del hombre para cambiar con éxito los procesos abióticos de modos que definen estos cambios como parte integral de la noosfera de Vernadsky. Segundo, los cambios que el hombre efectúa en el ordenamiento de la biosfera, cambios, como extraer el cúmulo de fósiles de la biosfera, que entonces también constituyen cambios en la noosfera. Tercero, los cambios que el hombre realiza en el ordenamiento de principio de la propia noosfera, entre ellos los que hace en sí mismo, y los cambios en los ordenamientos de principio de las relaciones sociales, como en los sistemas sociales como tales, en la noosfera.

Entre estos cambios están los efectos recíprocos de la reacción del dominio abiótico, la biosfera y la noosfera en la condición de la existencia de la sociedad y de la persona individual dentro de la misma. Estas relaciones las ordenan, de hecho, principios físicos universales descubribles subyacentes de una clase que no constituyen fenómenos del dominio de la mera percepción sensorial como tal.

Todos estos cambios y los de otras clases relacionadas, efectuados a través de modos alternativos de acción voluntaria, incluyendo evitar modos apropiados de reacción, forman parte integral de la noosfera. Ésta es la selección apropiada del significado del término “cultura”. Fuera de este conjunto de relaciones, no hay expresión existente de cultura. La medida última de los efectos así generados, es la norma física del ritmo de aumento (o disminución) de la densidad relativa potencial de población a largo plazo de la especie humana considerada en parte o en su conjunto. *La cultura es un sistema dinámico, no mecánico. La cultura es, en esencia, el reflejo de la interacción de los principios físicos universales descubribles.*

De manera que, el pasado, como parte o complemento del cúmulo de la infraestructura económica básica, actúa sobre los individuos vivos. Ese cúmulo es la premisa que configura los retos a los que el momento presente de la sociedad debe responder. Así, el individuo, en un momento y lugar, está parado sobre un suelo que nunca es el mismo en el que estuvieron las generaciones previas; sólo los incompetentes serían lo bastante necios como para basar el pensamiento sobre el individuo en la historia en las tontas conjeturas de Plutarco, las comparaciones de ese sacerdote délfico de Apolo de las vidas de personas famosas de tiempos y lugares muy diferentes. Aquí está una llave a considerar al enfrentar el método que usaba el doctor Post. Toda figura competente y responsable de renombre en la historia responde a una historia que siempre difiere en especie de cualquier tramo significativo de la historia precedente, en su cultura o en la de otra persona. La historia es en esencia dinámica, nunca mecánica, como lo implica el método del doctor Post.

Como estos conceptos que ahora nos exigen las circunstancias fueron desarrollados como producto de la civilización europea, con sólo algunos efectos añadidos de fuera de las culturas europeas como tales considerados, es necesario y



*La guerra del Peloponeso, emprendida por Pericles, fue tan idiótica como la guerra que Bush y Cheney han emprendido en Iraq hoy. (clipart.com).*

adecuado que una persona que es producto ella misma, en lo primordial, de la civilización europea, limite sus exigencias más que nada al conocimiento científico abarcador en cuanto a la cultura, al proceso evolutivo de milenios de la cultura europea relativamente bien conocida desde más o menos el tiempo de Solón de Atenas y los pitagóricos.

¿Qué tan válidas son las conclusiones a que puede arribarse dentro del alcance de ese enfoque? Una respuesta competente a esa pregunta sólo puede darse en la medida que limitemos las premisas de nuestras conclusiones a “factores” que puedan definirse con seguridad como conocimiento de la calidad que la astrofísica, por ejemplo, demuestra en los descubrimientos hoy conocidos de principios físicos universales. Por principios físicos, nos referimos a principios expresados en tanto reflejos de clases universales de efectos físicos.

No hay necesidad de agregar nada más sobre la naturaleza de los preliminares en este momento del relato. Ahora viremos nuestra atención a los aspectos principales de la evolución de la cultura europea durante el período de algo más de 3.800 años, un período que abarca el tiempo de la interacción, incluso por guerras, entre Egipto, Babilonia y los hititas de Anatolia central pero, con todo, ensombrecido por la cultura imponente aun más antigua de las grandes pirámides de Egipto.

El desarrollo de la cultura europea, contra ese telón de fondo, es característicamente un conflicto continuo entre la lucha por cultivar la libertad de la razón humana en la sociedad, y los efectos embrutecedores contrarios de la clase de sistemas imperiales que se remontan en la historia europea hasta el presente, a los esfuerzos recurrentes por saquear y oprimir a las mayorías de las poblaciones mediante prácticas

conocidas como “imperialismo” u, hoy día, la forma de imperialismo neoveneciano conocido como gobierno mundial o “globalización”.

Las reacciones de la antigua cultura griega, con sus propios conflictos culturales internos, a las presiones del imperialismo, en lo principal tienen que ver con la lucha contra los enemigos principales, el Imperio Persa y Tiro, y después el sistema imperial romano y su sucesor, el sistema ultramontano basado en una curiosa asociación de la caballería normanda con la oligarquía financiera veneciana. El Imperio Británico, y la forma actual de tipos de cambio flotantes del FMI y el Banco Mundial, y la ofensiva, como la emprendida por Robert Mundell del Grupo Siena, hacia la restauración de la tiranía ultramontana medieval en la forma de una sustitución de los Estados nacionales soberanos con la “globalización”, son consecuencias contemporáneas típicas de la depravación neoveneciana.

Para establecer el marco del surgimiento de la función desempeñada por la fase clásica de la cultura griega, basta decir, para nuestros propósitos aquí, que la continuidad más patente de la historia de la civilización europea comienza en alrededor de 700 a.C., momento en que un Egipto revigorizado se defendía protegiendo a los griegos en el Mediterráneo oriental, como aliados en contra de Tiro, y a los etruscos en el occidental, como aliados contra la colonia de Tiro asentada Cartago. Observa en el telón de fondo los legados de los Imperios Babilónico y Persa que amenazaron a Egipto y Europa desde el este. Desde la perspectiva de la cultura, los principales impulsos positivos hacia la antigua Grecia de este período, y después, vienen de Egipto, como da fe de ello la función que tuvo la esférica en la cultura griega;

mientras que, antes de que Roma ascendiera al poder en el Mediterráneo en general, la amenaza vino en lo principal del Sudoeste de Asia, del legado vivo de Babilonia y el Imperio Aqueménida.

---

### 3. Ciencia, amor, cultura y la mente individual

---

La raíz de la civilización europea clásica está en el principio de que los meros fenómenos que la persona iletrada asocia con la “certeza sensorial”, pueden ser experiencias reales, pero, a lo sumo, no son en esencia más que las sombras que proyecta la acción de lo que para él más que nada son agentes invisibles, sobre la percepción sensorial. Ignorar los métodos competentes de la ciencia es tan mortal, a este respecto, como ignorar cualquiera de las realidades de seguido desatendidas de la historia política actual.

Al contrario, a diferencia del actual intelecto de pobre educación que producen nuestras escuelas, universidades y órganos de difusión, los pensadores griegos clásicos, como los pitagóricos y Platón, recibieron la influencia de la definición de ciencia del antiguo Egipto, a este respecto, como lo que esos griegos denominaron la *esférica*. Este concepto egipcio, arraigado en el desarrollo del concepto de los ciclos inferidos a partir de la exploración astronómica del universo alrededor de la Tierra, le brindó al nacimiento de la ciencia europea clásica el concepto decisivo del que depende que una ciencia física sea posible: el concepto llamado *universalidad*. Esta idea de universalidad se aborda pensando en el universo real invisible conocido mediante los efectos que proyecta en lo profundo de la envoltura esférica que es el sujeto de minucioso estudio astronómico de ese gran mundo de sombras, como un océano, que nuestros sentidos consideran el universo que envuelve nuestra existencia.

La idea de *principios físicos universales* surgió, hasta donde sabemos por las pruebas de la opinión explícita de la humanidad civilizada, con el descubrimiento de eso que la ciencia física matemática moderna por lo general refiere como “singularidades” geométricas, o lo que Godofredo Leibniz definía diversamente como “poder” o como procesos “dinámicos”. Hay unas cuantas ilustraciones del significado de las singularidades, así definidas, que son de importancia decisiva para el lector aquí, en tanto ejemplos de lo que deberíamos implicar al referirnos a la cualidad de la actividad socio-mental del individuo que distingue de forma absoluta a la mente humana de la conducta de las bestias.

#### No juegues con la humanidad

Siempre recuerda que en todas las pruebas de descubrimiento conocido de la idea de universalidad en tanto objeto, ésta siempre tiene un significado físico bien definido, siempre expreso en el lenguaje mental de la geometría, más que en el de la mera aritmética o el álgebra. Los científicos tienden a

usar la aritmética y el álgebra para ciertos propósitos, a menudo útiles. Sin embargo, sólo el pensamiento físico-geométrico, más que cualquier forma de meras matemáticas, puede definir en realidad la existencia de un principio físico de modo experimental.<sup>16</sup>

Por ejemplo, considera el hecho de que una mente cuerda nunca podría derivar la existencia de una línea, en abstracto, de un punto, ni la de una superficie de una línea, ni la de un sólido de una superficie. La realidad física siempre se manifiesta en esencia —es decir, de forma *ontológica, física*— como movimiento, exactamente del modo que la representación de Leibniz de la *vis viva* desenmascaró la profunda incompetencia de Descartes a este respecto. Es el movimiento de un punto lo que genera una línea, es el movimiento de una línea lo que genera una superficie, y es el movimiento de una superficie lo que genera un sólido. Tal era la noción subyacente en el argumento de Heráclito y Platón, de que nada existe sino un principio de *cambio* continuo.<sup>17</sup>

Por lo general, aunque el legado de la Academia platónica conservó estas nociones de ciencia como una práctica permanente, en especial durante la época de las muertes de Eratóstenes y Arquímedes, el surgimiento del Imperio Romano a partir de un proceso asociado con los últimos triunfos de Roma en la Segunda Guerra Púnica, fue una catástrofe cultural para toda la humanidad afectada. El asesinato judicial de Jesucristo por órdenes del yerno nominal del emperador Tiberio, la ola de crucifixiones y actos de genocidio comparables, y los horrores relacionados que perpetraron Nerón y sus seguidores, fueron la expresión de una perversidad satánica y de relativa brutalidad intelectual. Tal fue el período en que dominó en Europa el régimen ultramontano compartido de la oligarquía financiera veneciana y la caballería normanda. Por tanto, sería difícil considerar como una exageración, en ninguna medida, el uso del “Renacimiento” para caracterizar el nacimiento en el siglo 15 de la Europa moderna, que llevó al planeta al desarrollo en general ascendente de la cultura europea moderna.

Tampoco pueden considerarse los acontecimientos que llevaron al gran concilio ecuménico de Florencia, aun considerando algunos logros heroicos de la cultura europea en la oscura era medieval, como no menos que el más grandioso conjunto de acontecimientos de todos los siglos modernos desde entonces. *Concordantia cathólica* de Nicolás de Cusa, que reemplazó a *De monarchia* de Dante Alighieri, fue indispensable en la fundación de la forma de república moderna del Estado nacional soberano, así como *De docta ignorantia*

---

16. No estamos hablando aquí del supuesto injustificado de que la “sección áurea” es el principio que genera la vida. Como he recalcado al resumir la definición de Vernadsky de la biosfera, ésta, en tanto fenómeno arqueológico y relacionado de la química física es conocida como un efecto, y no como el principio de la vida, que es en esencia un fenómeno sistémico que expresa la biosfera de Vernadsky.

17. El principio devastador que subyace en la refutación de la sofistería reduccionista, como la de los eleáticos, que hace Platón en el diálogo *Parménides*.



El actor Robert Beltrán ayuda a miembros del MJL en Filadelfia, Pensilvania, a desarrollar su capacidad de entender y presentar dramas clásicos. Aquí aparecen mientras trabajan con el Julio César de Shakespeare. La composición artística clásica es una expresión del ágape, a diferencia del placer erótico del romanticismo en el arte.

(Foto: Finn Hakansson/EIRNS).



de Cusa fue la obra fundadora de la ciencia física experimental moderna. La comparación de estos acontecimientos y sus resultados con los mayores logros de la Grecia de los pitagóricos, Solón y Platón, de ningún modo es una exageración. Más bien, es una comparación necesaria de la cual dependemos hoy para tener una apreciación confiada de la excelencia potencial de una humanidad que es la única criatura viva cuyo carácter esencial se desarrolla a imagen del Creador.

Por ejemplo: uno de los aspectos menos conocidos, pero más decisivos, de las contribuciones de Cusa a la ciencia física experimental moderna, está entre sus sermones, donde informa del importante descubrimiento de un principio universal de la ciencia física: su corrección al error del famoso intento de Arquímedes por concluir la tarea de cuadrar el círculo. Este descubrimiento de Cusa fue decisivo para desarrollar el método con el que sentó la base metodológica de todo trabajo competente en la ciencia física experimental moderna.

Aunque reconocidamente es importante librar al niño de la demencia de las mentadas nociones “euclidianas” de las “definiciones, axiomas y postulados de suyo videntes del espacio ‘tridimensional’”, dominar el tema de una geometría física esférica no representa más que la pizarra virtual en la que pueden demostrarse las construcciones reales de principio físico. El reconocimiento de Cusa del error del enfoque de Arquímedes para cuadrar el círculo, fue la base de la que dependió el descubrimiento de Kepler de la gravitación universal: el planteamiento explícito de Leibniz del principio universal de la acción mínima física pertinente ligada a la catenaria reconoció por inferencia, como poderes, en el sentido del concepto de *dúnamis* específico de los pitagóricos y Platón, las implicaciones de una órbita elíptica, el descubrimiento de Fermat del principio de la trayectoria de acción física más rápida, y de haber echado por tierra (Leibniz) el

absurdo de las nociones patéticas de Descartes de impulso.

En una primera aproximación, este enfoque del concepto de universalidad implica pautas de la acción circular subtendidas por la noción de una universalidad esférica que corresponde a la astronomía. Sin embargo, según los griegos clásicos del caso, los egipcios les inculcaron una idea adicional, la de *poderes universales (dúnamis)*, que es el concepto central de conocimiento científico en la obra de los pitagóricos y Platón. El descubrimiento de Kepler del principio de la gravitación universal está, como el descubrimiento de Fermat de un principio

universal de acción mínima (por ejemplo, la de “menor tiempo”), entre las ilustraciones más convenientes de la noción de poderes universales de los pitagóricos y Platón, y entre los que son representativos, como Eratóstenes de la Academia de Atenas después. Es esta distinción de principio la que diferencia la ciencia de las mentalidades de “Tierra plana” a la Enron, tanto en la contabilidad como en los estilos de chismorreo común hoy de moda.

Además de tales razonamientos relativamente elementales como éstos, los pitagóricos (por ejemplo, Arquitas) y Platón demostraron el significado físico del principio del movimiento continuo con casos elementales de geometría constructiva, tales como las construcciones geométricas para doblar el cuadrado y el cubo, y la cualidad única de la derivación de la llamada “proporción dorada” a partir de la construcción del dodecaedro regular.

Uno de los ejemplos más accesibles de esta idea de *poder* es el descubrimiento único original de Johannes Kepler de un principio de gravitación universal. La corrección de Kepler de la medición de la órbita de Marte, demostró que ésta no sólo era elíptica, sino que cambiaba de manera constante en cada intervalo de acción infinitesimal según una regla de “áreas iguales en tiempos iguales” del sector subtendido. Las “violaciones” de Kepler al ardid aristotélico del romano Claudio Ptolomeo, demostraron la existencia de un principio universal de la cualidad de lo que el uso moderno desde Leibniz define como *poder* (en griego: *dúnamis*).

Esta demostración de lo que Leibniz definió como *poder* (en alemán, *Kraft*, para la ciencia de la economía física), y, para la ciencia física en general, como *dinámica* (en oposición a la *mecánica*), es idéntica a la idea de poder en la obra de los pitagóricos y en los diálogos de Platón.

Pero, aquí no estamos enfocados en lo primordial en cuestiones de ciencia física, excepto en tanto dicho material sea



Cristo predicando, de Rembrandt. El cristianismo “se distingue por emular el amor del Creador por la humanidad (ágape), como lo manifestó Jesucristo”, escribe LaRouche. Eso es contrario al “elmergantrismo” del mercadeo político que hace Karl Rove de la fe religiosa. (Foto: arttoday.com).

un aspecto indispensable en la tarea de definir la ley natural que debe guiar la mano de la sociedad al forjar su vida política. Tenemos que mantener un control firme de las nociones de poder y dinámica, pues dichas nociones pertenecen a cuestiones de ciencia física y, con mayor realce, de economía física; pero, nuestro acento aquí es la ley natural como tal, pues la Declaración de Independencia de los EU y la composición de nuestra Constitución federal original abordan el tema de la importancia ésta para un mundo en crisis hoy.

### Poder y pasión

Estos poderes universales son asociados, en lo primordial, con la experiencia emocional de un acto de discernimiento que corresponde a un acto replicable y validable de descubrimiento de una mente humana individual de un principio universal. Estas clases específicas de experiencias emocionales también ocurren al reproducir esa experiencia, y en estados mentales asociados con la condición de estar a punto de experimentar semejante descubrimiento. Esta experiencia está relacionada con el acto de *amor*, como lo definen los escritos de Platón, en contraposición a la noción de *eros* y en asociación con el principio del *ágape*, también como lo definía Platón, e identificado además con el famoso significado cristiano de *ágape* en *Corintios I:13* del apóstol Pablo. Esta expresión de *ágape* constituye también la oposición de la composición artística clásica al placer erótico del romanticismo en el arte. Esta emoción, que corresponde al *ágape*, es también el correlativo del sentido de inmortalidad.

Esto ha de reconocerse, en la práctica hoy, como el principio fundamental de la ley natural y, por ende, del derecho constitucional competente. Ésa debe ser siempre la pasión motriz que guíe las decisiones sobre la idea del derecho constitucional requerido, para cualquier situación histórica especí-

fica en la vida de las naciones y entre ellas.

Estos poderes, la causa descubierta de las siluetas como de sombras observadas a modo de fenómenos sensoriales, ubican el universo real en el reino invisible, pero eficiente, de esos poderes que la mente conoce al modo del descubrimiento de Kepler de la gravitación universal. Por tanto, el ordenamiento legítimo de ese universo que genera los fenómenos de la percepción sensorial yace en el dominio de esos poderes descubribles. Es la emoción del descubrimiento de la existencia de dichos poderes lo que nos da una idea de certeza —y una emoción de *certidumbre*— con respecto al ordenamiento legítimo del universo que subyace en el fenómeno que aplica. Esta emoción, que también es característica de la composición artística clásica, es el correlativo de una legitimidad natural, a diferencia de las nociones de un mero derecho positivo.

En la religión, esta distinción entre el *ágape* y el *eros* ha sido la división característica de las expresiones nominales de “cristianismo” en la experiencia estadounidense, desde la obscenidad del juicio de Salem por brujería, y las obscenidades de los despotismos y desvaríos de Jonathan Edwards a lo largo y ancho de grandes tramos del río Connecticut. De estos mentados “renovadores” tipo “Elmer Gantry”, se dice que el predicador creó más almas detrás de su tienda de las que salvó durante su servicio religioso dentro de ella. El cristianismo, que se distingue por emular el amor del Creador por la humanidad (*ágape*), como lo manifestó Jesucristo, ha de diferenciarse de la bestialidad absoluta de la turba de gritones delirantes en una ceremonia del Ku Klux Klan, un *auto de fe*, o del “elmergantrismo” del mercadeo político que hace Karl Rove de la fe religiosa como simple cuestión de tradición, en vez del verdadero conocimiento de la relación de la persona individual, en su capacidad de miembro de una especie creativa, con el Creador.

No hay forma de que esta cuestión de la relación amorosa de la sociedad con el Creador cobre una expresión más clara en el cuerpo del derecho universal, que en el compromiso de subordinar toda ley a ese aspecto central que contiene nuestra Constitución federal: el fomento del bienestar general, también llamado “el bien común”. En ningún momento de la historia del derecho europeo moderno se expresa esto con mayor claridad que en el principio central de acuerdo que fue la premisa del Tratado de Westfalia de 1648. Considera el siguiente marco histórico de ese tratado.

Tras milenios de subyugación olímpica, delfica y afín de la mayoría de las personas vivas a la condición de ganado humano, el Renacimiento del siglo 15 trajo una nueva forma de sociedad en la Francia de Luis XI y la Inglaterra de Enrique VII llamada “república”, para celebrar y afirmar el establecimiento de una forma de autogobierno de un pueblo en la cual el gobierno, su voluntad, se subordina al servicio del bienestar general de todo el pueblo y su descendencia. Entonces, las fuerzas oligárquico-financieras depredadoras con eje en el reducto medieval conocido como Venecia desataron la guerra religiosa por toda Europa, desde la expulsión de los judíos de



El coro del MJL en Boston interpreta el motete *Jesu, meine Freude*. Este sencillo himno luterano fue transformado por el compositor J.S. Bach de un modo tal, que capta la esencia del júbilo que sintió Europa al liberarse de los horrores de las guerras religiosas de 1492 a 1648. (Foto: Stuart Lewis/EIRNS).

España en 1492, hasta los horrores perdurables de la guerra religiosa de todo el intervalo que concluyó con el Tratado de Westfalia de 1648.

El propósito de esa orgía de guerras religiosas era que la sociedad regresara a ser una caricatura del orden medieval ultramontano, un orden como el que hubo con la asociación medieval de la oligarquía financiera marítima de Venecia y la caballería normanda. Aún hay una intención parecida, de suprimir y erradicar la institución del Estado nacional soberano, detrás del actual trastabilleo en este instante de la historia hacia la “globalización” desestatizada con sistemas oligárquico-financieros de gobierno. Ésta ha sido, por cierto, la intención del sistema liberal angloholandés de gobierno oligárquico-financiero, desde el triunfo imperial de la Compañía de las Indias Orientales británica de lord Shelburne en el Tratado de París de febrero de 1763, con el cual inició la ofensiva creciente de Londres contra las libertades de las colonias anglófonas norteamericanas.

El simple himno luterano que J.S. Bach transformó en la forma superior de su motete *Jesu, meine Freude*, captura una esencia del regocijo de la liberación de Europa de los horrores del hombre que casi dondequiera actúa como bestia con el hombre, en el transcurso de ese período de 1492–1648. El principio de ese tratado tan célebre, es la subordinación de las pasiones del individuo a los imperativos del amor del pueblo de, en especial, la otra fe, la otra nación.

Sobre ese fundamento, expresado en la Grecia clásica de los pitagóricos, Solón de Atenas y Platón, y en el lugar que tiene ese principio del *ágape* que presentaron de forma categórica los apóstoles Juan y Pablo en el cristianismo, el principio ecuménico del derecho constitucional, el fomento del bienestar general, sentó la base histórica específica de principio

para el establecimiento de nuestra república federal constitucional en tanto concepto jurídico.

Esto no elimina la función del derecho positivo en la práctica decente de una sociedad, pero sí subordina la autoridad atribuible del derecho positivo a la verdadera autoridad superior de la ley natural. Una constitución bien redactada debe ser un reflejo de la autoridad superior de la ley natural sobre el dominio de diseño del derecho positivo. La aplicación de esa noción a cualquier situación de crisis, como la fase actual de una ola de degeneración de décadas de nuestra cultura nacional, debería considerarse obligatoria.

De forma implícita, estamos obligados a definir la evolución de la cultura del mismo modo.

---

## 4. La amenaza contra la Constitución de los EU

---

Este concepto subyacente de inmortalidad, del modo que lo asociamos con nuestra Declaración de Independencia y el rechazo explícito de la Constitución a las doctrinas reduccionistas de Tomás Hobbes y John Locke, es lo que define la destacada contribución del establecimiento de nuestra república federal a toda la civilización, como en la función decisiva que tuvieron los presidentes Abraham Lincoln y Franklin Roosevelt en hacer posible la derrota de los arranques de Benito Mussolini, Adolfo Hitler y Francisco Franco hacia una forma “integrata” de imperio mundial fascista.<sup>18</sup> La falta de adhesión política imperante en Europa a este principio consti-

---

18. En el uso contemporáneo relativamente difundido que hacen de él ciertos grupos de extrema derecha, el término “integrata” quiere decir un Estado como el de las notorias iglesias galicanas de la Francia de Luis XIV y el emperador Napoleón Bonaparte, quienes basaron sus leyes en la legalización del cristianismo como una religión autorizada en el panteón pagano del Imperio Romano por parte de Constantino, pero, a condición de que él, el Emperador, nombrara a los obispos. De ahí la lucha de cristianos tales como los de la tradición de Agustín, contra esta condición que Constantino adujo haber sido afirmada por el concilio de Nicea de 325 d.C. La doctrina *integrata* del medioevo afirmaba que el emperador Constantino le había donado la autoridad imperial sobre Europa Occidental al Papa, la doctrina mitológica de la “Donación de Constantino”, la que se comprobó que era un fraude durante el gran concilio ecuménico de Florencia a mediados del siglo 15. Este fraude había sido empleado como el fundamento legal para el sistema medieval *ultramontano* de la “globalización”, bajo la tiranía de una alianza entre la oligarquía financiera veneciana y la caballería normanda. En las organizaciones derechistas de hoy, levantadas en torno a los nazis que huyeron a Iberoamérica y otras partes por medio de la “línea de ratas”, que en gran parte manejaron círculos con sede en España asociados con Allen Dulles y los hijos de William F. Buckley padre, la leyenda “integrata” se mantiene viva como el fundamento para los católicos errantes de derecha, de los cuales son representativos los adversarios de los papas Juan XXIII, Paulo VI y Juan Pablo II. Según el derecho moderno, los cuerpos religiosos legítimos tienen protegido el derecho común de los miembros de un conjunto de asociaciones voluntarias autónomas que operan bajo el gobierno, pero que son independientes de él. El “integrismo” hoy ocurre más que nada como una expresión de asociaciones e ideologías fascistas, pero el concepto que subyace la creencia “integrata” tiende de otro modo a cobrar varios disfraces.

tucional de gobierno, un principio que nuestros grandes presidentes honraron, hizo susceptible a la Europa continental, aún hoy, a la suerte de tramas fascistas y relacionadas de la internacional sinarquista que Europa padeció en el intervalo de 1917–1945. Ahora, esa misma clase de enfermedad que ya ha infestado varias partes o a toda Europa en diversos momentos, a lo largo de los siglos hasta la fecha, ha devenido también en una amenaza existencial inmediata a nuestra república constitucional, esa amenaza que ahora tiende a parecer entre nosotros en una medida sin paralelo desde lo de Appomattox.

En esencia, el fascismo, del que son típicos los casos de Mussolini, Hitler, Franco, Pinochet, etc., no es una cosa en sí. Hay modos típicamente fascistas de conducta, pero son la mugre y la pus de la infamia política, no la infección que produce el fascismo de entre sus efectos sintomáticas.

Explico la infección en el resumen siguiente de las bases históricas del conflicto que amenaza la existencia de nuestros EUA más bien en lo inmediato. La amenaza específica a nuestra nación ahora, es una excrescencia de sucesos que empezaron cuando Guillermo de Orange tomó Gran Bretaña en 1688–1689, y con el ascenso de esa porción de la aristocracia británica asentada en Irlanda que aconteció como un elemento decisivo de futuras expresiones internas del poder oligárquico británico en esa década y las siguientes.

La sustancia subyacente de los rasgos sintomáticos de los movimientos fascistas representa, más que nada, una excrescencia del liberalismo angloholandés que evolucionó como un retoño del surgimiento del partido oligárquico–financiero en la forma de las compañías de Indias anglohollandesas del “Partido Veneciano” de fines del siglo 17 y el 18. Fue la reacción de esa oligarquía financiera a la amenaza contra la clase de restauración *ultramontana* de un imperio mundial de gobierno oligárquico–financiero de corte veneciano, como esa variedad de lo que da en llamarse “globalización” y que difunde Robert Mundell y compañía del Grupo Siena hoy.

Los rasgos esenciales de ese fragmento pertinente de la historia actual son los siguientes.

La exitosa guerra americana de Independencia contra la opresión de la Compañía de las Indias Orientales británica luego de febrero de 1763, le dio a lord Shelburne y su grupo control directo del intento por defender al sistema imperial liberal angloholandés de la proliferación de la influencia del modelo americano por toda la civilización europea. La primera intervención notable de Shelburne procurando ese propósito fue la función que tuvo como primer ministro en 1782–1783, en segregar a los aliados principales de la lucha por la independencia americana, los EUA, Francia y España, uno del otro, mediante tratados separados con su Gobierno. El objetivo principal de Shelburne era la Francia de Luis XVI.

Sin embargo, aunque el hecho de que Francia —que fuera la aliada principal de los EUA— era una gran potencia en esa época llevó a Shelburne y a Bentham a tomarla como blanco,



*El británico lord Shelburne. La exitosa guerra de Independencia de los EU puso a Shelburne en control de los intentos de defender el sistema liberal imperial angloholandés.*

(Foto: clipart.com).

como el principal enemigo a destruir En Ese Momento. La amenaza de largo plazo que representaba esa nueva nación, los EUA, fue lo que incitó a los imperialistas liberales anglohollandeses de Shelburne a enfocar su ataque contra Francia como el objetivo central para tratar de arruinar a toda Europa continental.

Ya en 1763 Shelburne había incorporado al ahora notorio “filósofo escocés” Adam Smith a su séquito, y lo había asignado para hacer indagaciones que llevarían al desarrollo de los medios para destruir las libertades de las colonias norteamericanas y la economía de Francia, del modo que, de hecho, el legado de Adam Smith ha arruinado a los EU —¡regiamente!— en las últimas cuatro décadas. En 1782 Shelburne dirigió el establecimiento del Ministerio de Relaciones Exteriores británico, dándole a su lacayo Jeremías Bentham una posición decisiva como jefe del departamento de jugarretas sucias en operaciones contra las Américas<sup>19</sup> y Europa continental. Entre los agentes claves de Shelburne en este negocio estaban el adversario de Benjamín Franklin, Philippe “*Égalité*” de Francia, y el lacayo de Shelburne, el banquero suizo Jacques Necker. Fue la quiebra de la monarquía francesa mediante la imposición británica de las políticas librecambistas de Adam Smith y el fisiócrata Turgot, lo que creó la mayoría de las condiciones principales del ambiente para la Revolución Francesa de 1789.

El modo en que Shelburne y demás tramaron para ocasionar esa Revolución Francesa, es clave para entender los más

19. Aaron Burr era un importante agente del Ministerio de Relaciones Exteriores de Gran Bretaña desplegado en los EU para llevar a cabo operaciones subversivas, entre ellas, el Bank of Manhattan y la operación a la que Andrew Jackson fue atraído por Burr. Ver *Treason in America: From Aaron Burr to Averell Harriman* (Traición en América: De Aaron Burr a Averell Harriman), por Anton Chaitkin (Nueva York: New Benjamin Franklin House, 2ª ed., 1985).

de los aspectos salientes de la historia mundial desde las operaciones del Ministerio de Relaciones Exteriores británico que precipitaron los acontecimientos de 1789. Los agentes británicos “*Égalité*” y Jacques Necker<sup>20</sup> fueron los autores de los sucesos del 14 de julio de 1789. Danton y Marat fueron agentes del Ministerio de Relaciones Exteriores británico adiestrados en Londres y desplegados a Francia bajo la dirección de Bentham. Robespierre, un agente de Londres y viejo enemigo de Benjamín Franklin, trajo el Terror y al jacobino Napoleón Bonaparte, como el modelo original del fascismo de Mussolini, Hitler, etc., un modelo de Napoleón que el martinista entusiasta de la Inquisición Joseph de Maistre inventó para que desempeñaran un papel como el del dictador y emperador Bonaparte.

### Las raíces napoleónicas de Adolfo Hitler

Estos sucesos exóticamente ajenos a Francia que Gran Bretaña urdió ahí, han sido un aspecto central de las páginas más feas de la historia mundial, desde un período previo a 1789 hasta el presente. El quid de estos acontecimientos fue la creación, con patrocinio de Londres, de una secta salida de entre los admiradores de Voltaire, la orden francmasónica martinista apoyada por Londres que urdió el caso del collar de la reina e incidentes parecidos que llevaron a los sucesos de julio de 1789, el Terror. Esta operación de Londres fue la responsable de crear el prototipo para el posterior Adolfo Hitler: el emperador Napoleón Bonaparte. Un Bonaparte que, junto con Murat, fue un factor de influencia significativa en prefigurar las políticas militares (por ejemplo, la de Jomini) y otras pertinentes de la insurrección de la Confederación estadounidense de 1861–1865 patrocinada por Londres. El títere británico de lord Palmerston, Napoleón III, fue producto de esta secta francmasónica martinista, una que produjo a la secta anarco-sinarquista conocida como los sinarquistas franceses y, más tarde, la internacional sinarquista, que fue la camarilla de banqueros privados que urdió el surgimiento de regímenes fascistas en el continente europeo luego de lo de Versalles.

El conde Joseph de Maistre, una figura clave de esa orden martinista de entonces, fue el cocinero del diablo que, de modo bastante literal, creó el futuro modelo para Adolfo Hitler, no con barro, sino con un jacobino rezagado seguidor de

20. Jacques Necker era el padre de la notoria madame de Staël. La esposa de Necker, la mamá madame de Staël, había sido considerada como posible esposa de Edward Gibbon, el propagandista de lord Shelburne y autor de *The Rise and Fall of the Roman Empire* (Historia de la decadencia y la caída del Imperio Romano). Es notable que el libro de Gibbon se editó con la intención de proporcionar un diseño para un imperio mundial británico. La propia madame de Staël desempeñó un papel como espía contra la familia real de Francia, al funcionar como estrecha confidente de la misma reina María Antonieta que había sido blanco del agente de Shelburne, el conde Cagliostro, de la orden francmasónica martinista, en el incidente del “collar de la reina”, incidente que el agente martinista Napoleón Bonaparte luego dijo que había sido decisivo en el derrocamiento de la monarquía francesa.

los hermanos Robespierre: Napoleón Bonaparte. Éste es un hecho que de plano reconoció hasta el propio Napoleón. Él sirvió como el azote de Europa continental, tal como la Compañía de las Indias Orientales británica había tramado la guerra de los Siete Años que llevó a Gran Bretaña al poder imperial con el Tratado de París de febrero de 1763, y como la oligarquía financiera de la Gran Bretaña imperial, con sus compañeros de andanzas estadounidenses y otros, organizó dos guerras de implicaciones similares en Eurasia continental y más allá en el siglo 20, y también dirigió el inicio de la era del terror nuclear desde 1945 hasta 1989.

La orden francmasónica martinista original que tramó el escándalo francés del “collar de la reina”, y el Terror jacobino y el terror de Napoleón, evolucionó como el movimiento sinarquista de fines del siglo 19 y la camarilla de intereses oligárquico-financieros privados de la internacional sinarquista que estuvieron detrás del ascenso al poder de criaturas tales como Mussolini, Hitler y Franco en las décadas inmediatas luego de la Primera Guerra Mundial.

La “contrapandilla” de redes anarcosindicalistas radicales que impulsan la “globalización” hoy, tales como el Robert Mundell del Grupo Siena y su amplia red de asociados, y otros como Teddy Goldsmith, el confederado veterano del John Train de los EUA en las viejas operaciones de “espionaje” de la *Paris Review*, son una extensión ideológica del mismo sindicato sinarquista de intereses bancarios privados que le dio al mundo las dictaduras de Mussolini, Hitler, Franco y los de su ralea.

Este precedente sinarquista, que nos dio las tiranías ejemplares de Mussolini, Hitler y Franco, es la raíz, en lo que el presidente Eisenhower identificó como “un complejo militar industrial”, de la crisis que abarca esos aspectos de la función de Bush y Cheney hoy, que ahora constituyen una importante amenaza al orden constitucional.

La amenaza actual al interés oligárquico-financiero liberal angloholandés imperialista, la amenaza que el orden constitucional de nuestra república representa, cobra expresión en la campaña, que hoy continúa, de esos intereses liberales y sus cómplices contra el legado del presidente Franklin Roosevelt. Esta campaña que hoy continúa inició al final de la Segunda Guerra Mundial, a instancias de los mismos círculos oligárquico-financieros que en un principio habían apoyado la instauración de los regímenes de Mussolini, Hitler y Franco, pero que luego se opusieron a los de Hitler y Mussolini, sólo porque Hitler decidió atacar primero hacia el oeste, en vez de al oriente. La notoria “línea de ratas” de criminales fascistas notables, que en lo principal se canalizó a través de la España fascista de Franco hacia las Américas, es típica de la complicidad de las redes de Winston Churchill, Bertrand Russell y otros en reanudar el apoyo de los grupos financieros angloamericanos al primer régimen fascista moderno, el de su Benito Mussolini.

El abuelo del presidente George W. Bush hijo, Prescott



*Sabemos que Cheney es un bruto más idiota que cualquiera de sus predecesores, tales como Mussolini, Göring, Goebbels y Hitler, pero, “comparte la misma clase de pasión, aun sin la carga de facultades intelectuales excesivas”.* (Fotos: World Economic Forum; Stuart Lewis/EIRNS [centro]).

Bush, es típico de las redes financieras derechistas que dieron estos giros sucesivos a favor del fascismo, en contra de Mussolini y Hitler, y a favor de Franklin Roosevelt.<sup>21</sup> Esto no quiere decir que el presidente George W. Bush tenga la capacidad mental de captar la clase de función pervertida, como un símbolo de la caricatura dinástica de su familia, que está desempeñando en el estrado ahora. Para esos bribones que pusieron a ese pobre tonto enfermo en el estrado para “usarlo” al modo de un caballo de carreras fracasado al que se droga para su última carrera, no era necesario que entendiera la función para la cual lo seleccionaron; bastaba con que la cumpliera. Si hoy es una vergüenza para quienes lo pusieron en el cargo, no es nada peor de lo que debieron haber esperado de él, en primer lugar. Basta de hablar de la importancia de la crianza en las familias de las mentadas élites familiares actuales: *sic transit Gloria* ¿quién?

### Cheney en tanto monstruo

Dados esos antecedentes históricos de tales guerras mundiales y sucesos relacionados del siglo pasado que crearon el marco de la actual crisis mundial, eso ubica al vicepresidente Dick Cheney y su camarilla en dicho marco, mismo que crearon las transiciones indicadas de los últimos cien años y más.

La clave para entender la crisis constitucional de la Presidencia que hoy enfrentamos, está en estudiar el modo en que mucha gente en posiciones de influencia ha seguido subestimando el poder que representa el vicepresidente Dick Cheney en la crisis nacional y mundial actual, así como sobrestiman mucho el poder inherente del propio Cheney. Ni los monstruos de Gila ni los jefes de pandillas son temidos necesariamente

21. Fue en su capacidad como principal ejecutivo de la Brown Bros., Harriman, de Averell Harriman, que Prescott Bush movió los activos financieros que rescataron al partido nazi de Adolfo Hitler a tiempo para preparar la dictadura de Hitler. Esto se hizo en beneficio de Montagu Norman, el gobernador del Banco de Inglaterra, y en colaboración con el agente de Norman, Hjalmar Schacht y el Banco de Pagos Internacionales.

mente por sus facultades intelectuales. En y de por sí, Cheney está muy por debajo del rango de un Rasputín en el museo negro moderno de conspiradores y asesinos, al igual que Rasputín, a su vez, estaba muy por debajo del malvado maestro francmasón de Saboya, el conde Joseph de Maistre. Cheney ha de reconocerse como un simple instrumento de los conspiradores sinarquistas actuales, un instrumento del rango aproximado de un sicario. Su importancia radica en la función que ejecuta en tanto mero instrumento tal.

Para entender esa internacional sinarquista de redes oligárquico-financieras y relacionadas que urdieron esos giros sucesivos que referí antes, es necesario reconocer que es una excrecencia de una operación especial organizada en torno a las redes de lord Shelburne de Gran Bretaña y su lacayo Jeremías Bentham, en un período que empezó con el Tratado de París de febrero de 1763 que estableció a la Compañía de las Indias Orientales británica como imperio, y que dio inicio a esa campaña para suprimir nuestras libertades que llevó a nuestra Declaración de Independencia de 1776 y a nuestra Constitución federal de 1789. Las operaciones pertinentes de Shelburne fueron una creciente amenaza inmediata siempre intencional a la preservación de las primeras libertades que las comunidades anglófonas de Norteamérica aseguraron. Nos odiaba, ¡liberalmente!

A más tardar desde 1789, el principal objetivo estratégico continuo de largo plazo de esos retoños del Tratado de París de 1763, ha sido destruir ese Sistema Americano de economía política sobre el cual se fundó la república constitucional estadounidense, y erradicar las semillas de nuestra cultura republicana en todo el mundo. Con la victoria estadounidense contra el títere de Londres, los Estados Confederados de América, y el triunfo de la economía estadounidense en la exhibición del Centenario de 1876 en Filadelfia, el principal conflicto estratégico de largo plazo en la civilización europea extendida al orbe ha sido la destrucción del Sistema Americano de economía política en favor de lo que la imperialista y

siempre orwelliana Compañía de las Indias Orientales británica definía como el servicio de la libertad de comercio, su definición de “capitalismo”.

El asunto esencial de lo que Henry A. Kissinger definió, en un discurso que dio en la Chatham House de Londres en mayo de 1982, como el conflicto entre Franklin Roosevelt y el primer ministro Winston Churchill, a quien Kissinger alabó y admiró con devoción en esa ocasión, fue precisamente éste.<sup>22</sup>

Como he subrayado en muchas y repetidas ocasiones antes, la diferencia más obvia entre los sistemas político-económicos de Europa continental y el sistema constitucional estadounidense, es que los gobiernos de Europa están subordinados a los mentados sistemas de “banca central independiente”, sistemas basados en la versión liberal angloholandesa del sistema oligárquico-financiero veneciano. Tal como los presidentes Abraham Lincoln y Franklin Roosevelt se hicieron eco de los preceptos del primer secretario del Tesoro de los EU, Alejandro Hamilton, el sistema estadounidense es, constitucionalmente, un sistema basado en un monopolio del gobierno sobre la creación de moneda y crédito relacionado. Aunque el derecho moderno de muchas naciones europeas, como Alemania, defiende los principios del bienestar general, la Constitución de los EU es la única que de forma explícita torna supremo ese principio por sobre toda otra autoridad e interpretación jurídica contradictoria.

Como los EUA cobraron demasiado poder tras la victoria de Lincoln contra los títeres de Palmerston, la Confederación y el emperador Maximiliano, como para destruirlos directamente, se puso el acento en la subversión y se consideró que el ataque directo era una estrategia peor que inútil. El mango del presidente Truman, a la muerte de Roosevelt, a manos de la pandilla de Churchill, no es más que típico de lo que algunos en Londres, y sus lacayos estadounidenses, consideraban era discreción en estas cuestiones de la gran estrategia imperial de largo alcance del liberalismo británico. El antedicho discurso de Kissinger de mayo de 1982 en la Chatham House es típico de la estrategia de subversión, del mismo modo que el actual régimen de Bush y Cheney ha llevado a los EUA a guerras destructivas y, ahora, a la embestida del derrumbe del sistema angloamericano global de hegemonía compartida.

Dicho esto a modo de antecedente, ahora es tiempo de que nuestros ciudadanos desechen sus ilusiones populistas y enfrenten el feo hecho de que tenemos que ver al propio Cheney como alguien a quien se entiende mejor notando su pareci-

22. “Reflections on a Partnership: British and American Attitudes to Postwar Foreign Policy, Address in Commemoration of the Bicentenary of the Office of Foreign Secretary” (Reflexiones sobre una alianza: Las actitudes británica y estadounidense respecto a la política exterior en la posguerra), por Henry A. Kissinger (discurso pronunciado el 10 de mayo de 1982 en el Real Instituto de Asuntos Internacionales, la Chatham House de Londres, Inglaterra). El texto completo del discurso en inglés aparece en la revista *EIR* del 11 de enero de 2002.



*El equipo de la campaña presidencial de LaRouche en 2004 distribuyó millones de estos folletos, en los que puso al descubierto que la importancia de Cheney y sus “hombres-bestia” yace en la función que desempeñan como mero instrumento de sus amos sinarquistas.*  
(Foto: LaRouche in 2004).

do notable con los personajes que estaban en el estrado en 1922–1945, como Mussolini, Göring, Goebbels y Hitler. Sabemos que Cheney es un bruto más idiota que cualquiera de esos predecesores, pero, lo que no deja de ser importante sobre su función, es que comparte la misma clase de pasión, aun sin la carga de facultades intelectuales excesivas. Es una caricatura bruta de Torquemada como lo veía el creador de Napoleón, Joseph de Maistre; es el aspirante a parodia “muerdetapetes” de Hitler forjada en la imagen satánica que De Maistre tenía de su propia creación, Napoleón Bonaparte; es una suerte de caricatura “bertoltbrechtiana” del personaje de Dostoyevsky, el “Gran Inquisidor”. Es algo que salió del fondo de un barril de los nietzscheanos de la historia moderna. Es menso, pero compensa su carencia de intelecto con brutalidad. Es malo, pero también, como diría la leyenda celta, *aciago*.

*Él no es un intelecto poderoso, sino una suerte de perro rabioso, una caricatura depravada del Trasímaco del profesor Leo Strauss.* Procura compensar su falta de ingenio fiándose de su sed de salvajismo. El vicepresidente Dick “Bugsy” Cheney manifiesta, para nuestra perspectiva constitucional hoy, un síntoma de cuento de hadas del extremo del proceso de decadencia de una otrora potencia, un síntoma de alarma del inicio de algo no menos ominoso que lo que al final hizo presa de la Atenas de Pericles. Al final, se destruirá él mismo, pero eso en realidad no lo asustaría; el verse forzado a no ser el perro rabioso que es su verdadero yo, sería como decirle su nombre verdadero al Rumpelstiltskin de la fábula. No es mucho; después de todo, la señora Lynne Cheney lo recogió de una especie de basurero social y lo salvó de la leva para Vietnam, pero sí es, por ende, un verdadero seguidor del Dionisio de Friedrich Nietzsche y una caricatura del Gran Inquisidor de Dostoyevsky.

### Como los locos de Guantánamo

A veces, como en el caso de Dick Cheney, la verdad está más cerca de la realidad cuando es la verdad mejor contada

como mito en base a ciertas verisimilitudes. A veces, como en el caso de Cheney, la mezcla de vida fantasiosa y afín tiene más que ver con el modo en que adquiere y conserva la parte de cierta clase de personaje, que con cualquiera de los detalles biográficos más llanos. Así es con los fracasados morales como Cheney, quien adopta el hábito de actuar lo que quizás imagina es la grandeza de un personaje ficticio que en realidad existe, en tanto persona, sólo en su imaginación.

Considera, así, a un fracasado como Dick Cheney. Bueno, últimamente todo parece irle cuesta abajo a la siniestra figura del otrora tosco jugador de fútbol de la preparatoria de su luego esposa. Un día, la encantadora chica de esa preparatoria, su futura esposa, la señora Lynne Cheney, recogió al pobre Dick de la calle, le aseguró un título universitario que de otro modo no podía obtener por su cuenta y, en un apuro, le dio el pretexto para una de las varias veces que evitó el servicio militar manteniéndolo apartado de la guerra en marcha en Indochina. No se sabe, y de hecho es prácticamente irrelevante, si en las noches que lo dejaba afuera amarraba su collar de púas a una correa irrompible o, en otras ocasiones, sus muñecas al poste de la cama. La verdadera historia de un futuro gallinazi “neoconservador”. Ella es su nexa inmediato al poder: a las redes del profesor Leo Strauss de la Universidad de Chicago, quien hoy sigue siendo, aunque murió hace mucho, la “jefa de manada” de los gallinazis “neoconservadores”.

La señora Lynne Cheney es de una clase diferente, más de lo que es en realidad, que ya es bastante malo. Ella es el personaje más influyente de la familia, quien ha administrado la carrera de su bruto semental en momentos decisivos.

En estos días está de moda hablar, en tonos despectivos, de los mentados “Estados fracasados”. Dick Cheney es un ser en un estado fracasado de la vida real, y no es el único de esa clase. Esto nos lleva al tema de los depredadores que se informa administraban la prisión estadounidense de “Naranja Mecánica” en Guantánamo.

La llegada de la era de las armas nucleares, que comenzó en Hiroshima, alentó la proliferación de cierto género al que el sabedor pronto vino a referir como los “mentalistas doblacucharas”, y por muy buenos motivos. El general Daniel O. Graham, a quien ya me he referido aquí antes, estaba entre los de ese género: su plan lunático de ciencia ficción llamado “Frontera Superior” es un ejemplo de esto. Algunos estaban más locos de lo que mi conocimiento de Graham empieza apenas a sugerirme que hayan estado; pero, no obstante, él era un “doblacucharas”. El caso Aquino y los experimentos con LSD dirigidos desde la Clínica Tavistock de Londres, están más cerca del núcleo del género. Esto es lo que vemos cuando consideramos los informes que llegan de Guantánamo, Abu Ghraib y lugares de origen similar.

Por motivos de una claridad científica, que no vendría al caso detallar en el alcance asignado a este informe, la tensión del ascenso de las décadas de mentada guerra nuclear “preventiva” y, después, “termonuclear”, hizo que algo en las personalidades de cierto estrato de nuestros servicios de inte-

ligencia y militares “tronara”. Los cuentos de horror de Guantánamo y Abu Ghraib no sorprenden a ninguno de los que estamos familiarizados con algunos estudios del caso de esas partes de nuestros servicios de seguridad nacional que se inclinaron de forma más perceptible al lado “doblacucharas” de la vida mental y profesional.

El asunto sobre estos casos que es pertinente en el alcance de este informe, es la clase de organización de los procesos mentales que seduce al que sea susceptible de convertirse en las suertes de personalidades que representa la variedad “doblacucharas” de los clásicos espías de la “Guerra Fría”. Mira la operación especial del MIT-RLE del proyecto “Cibernética” de la Fundación Josiah Macy, Jr., en la que había obscenidades como el torturado chimpancé apodado “Noam Chimpsky”, a cargo de los profesores y descuartizadores “doblacucharas” Noam Chomsky y Marvin Minsky, que es un ejemplo pertinente de esto. Revisa, por ejemplo, ediciones viejas de la revista *Astounding Science Fiction* de John Campbell. Busca en esas y otras producciones semejantes los temas de los “Buck Rogers” montando un reptil “comosellame” de seis patas en el terreno de un planeta distante con una cultura feudal, o la misma perversión peor que infantil de la película de la “Guerra de las Galaxias”. Para muchos de los fanáticos de esta clase de cosas, la “ciencia de fantasía” no era sólo entretenimiento para mentes infantiles; era más o menos una religión. Para los seducidos a seguir esas direcciones, convertirse en un “doblacucharas” era, como dicen ahora, “la gran cosa”, en especial si implicaba participar en un juego ultrasecreto de “este o aquel Q” en la zona protegida de otra identidad ultrasecreta, en especial cuando a ese pobre pervertido lo protegían de la sensibilidad de la realidad en un lugar especial de alta seguridad militar o comparable.

Pongan la imagen de esa suerte de “doblacucharas” en el marco de lo que he identificado antes en este informe como el “síndrome de la pecera”. Ahí, hablé del estado mental de un reduccionista cuyas definiciones, axiomas y postulados son una mezcla del mundo real y el inexistente. Vean la clase de “doblacucharas” a la que acabo de referirme con el “síndrome de la pecera” como telón de fondo.

¿Raro? No más raro de lo que debiste haber reconocido como el extraño estado mental típico de un admirador de veras apasionado del Adam Smith de lord Shelburne o del profesor Milton Friedman, a ese respecto. Considera el pasaje siguiente, que he citado a menudo, de la *La teoría de los sentimientos morales* de 1759 de Adam Smith, publicada apenas cuatro años antes de que Smith recibiera su encargo como espía del propio lord Shelburne.

El gobierno del gran sistema del universo. . . la custodia de la felicidad universal de todos los seres racionales y sensibles, es asunto de Dios y no de los hombres. Al hombre le corresponde un apartado mucho más humilde, pero más a tono con la debilidad de sus facultades, y la estrechez de su comprensión; la custodia de su propia feli-

ciudad, la de su familia, sus amigos, su país. . . Pero aunque estemos. . . dotados de un intensísimo deseo de realizar esos fines, se ha recomendado a las lentas e inciertas determinaciones de nuestra razón averiguar los medios de materializarlos. *La naturaleza nos ha conducido a buena parte de ellos por instintos originales e inmediatos. Hambre, sed, la pasión que une a los dos sexos, el amor al placer y el temor al dolor, nos impulsan a aplicar esos medios sólo por lo que son, y sin consideración alguna de si tienden a esos beneficiosos fines que el gran Director de la naturaleza intentó producir por medio de ellos.*<sup>23</sup>

El “doblacucharas” de la estirpe de Locke, Mandeville, Quesnay, Adam Smith o el utopista Jeremías Bentham, divide su universo en dos universos separados, uno por encima de las tablas del piso de los fenómenos sensoriales, el otro por debajo. De algún modo, con conjuros mágicos, las criaturas debajo de esas tablas del piso ordenan el destino del hombre mortal; por encima del piso, los crédulos ejecutan rituales que, aunque son intrínsecamente absurdos o peor, creen que propician a los monstruos invisibles que controlan el universo del piso para arriba, desde abajo. Imagina a Donald Trump como un satanás, en el infierno en que reside, señalando amenazador mientras le grita enfurecido a un solicitante del puesto de jefe de celda de los condenados: “¡Estás despedido!” Como Trump insiste, es la disposición de uno a ser de veras perverso en sus malas obras lo que, según la doctrina de Mandeville, produce lo que debería satisfacer a una sociedad que de conjunto comparte los gustos de Mandeville.

Reconoce el interior ni tan oculto de la mente del “doblacucharas” potencial en este y otros casos extraños parecidos de economistas famosos como el seguidor de John Locke, Bernard Mandeville. Mandeville basaba la doctrina económica que hoy adora con entusiasmo la más bien ultraderechista Sociedad Mont Pelerin contemporánea, con el supuesto de que prohibir la ingerencia de la sociedad en la práctica de los vicios privados garantizaría los beneficios relativos óptimos para la sociedad en general.<sup>24</sup> O, el caso del fisiócrata doctor François Quesnay, de quien Adam Smith plagió la celeberrima expresión de “la mano invisible”, en su tratado de propaganda antiamericana de 1776 conocido por el breve título de *La riqueza de las naciones*.<sup>25</sup> El razonamiento de Quesnay era el del magistrado de la Corte Suprema de Justicia de los EU Antonin Scalia —quien también tiene algo de demonio—

23. Este extracto fue citado por primera vez en *The Ugly Truth About Milton Friedman* (La fea verdad sobre Milton Friedman), por Lyndon H. LaRouche y David P. Goldman (Nueva York: New Benjamin Franklin House, 1980, pág. 107). Énfasis añadido.

24. *The Fable of the Bees, or Private Vices, Public Benefits* (La fábula de las abejas: vicios privados, virtudes públicas), por Bernard Mandeville (Londres, 1714).

25. *¡Quod erat demonstrandum!* En realidad, en la práctica, como en el caso de Enron y demás, la “mano invisible” está hurgando en tus bolsillos incluso mientras duermes.

que, dado que los siervos propiedad del terrateniente aristócrata sólo eran ganado humano, cuyo ingreso no debía exceder la alimentación y otros cuidados que les correspondían en tanto forma de ganado, la única fuente de la ganancia de la propiedad debían de ser los poderes mágicos de la propiedad (por ejemplo, del “valor del accionista”) que expresaba el título otorgado al terrateniente.

La característica común de las creencias pertinentes de todos estos típicos empiristas “santos” del panteón pagano de la economía política liberal angloholandesa, es lo que se describe con justicia como su convicción común de que alguna agencia inescrutable, que opera debajo de las tablas del piso del universo, dicta —y de modo más bien caprichoso— y define así lo que le está permitido a los habitantes del mundo de arriba. Uno escucha el ruido de los dados del tahúr supersticioso, mientras el jugador implora en un estado de adoración: “¡La nena necesita zapatos!”

Como en todos los casos que yacen en los confines de la noción del síndrome de la “pecera”, hay tres facetas principales de la ideología particular a considerar. Primero, la cuestión del significado práctico para esa sociedad, de lo que el participante en ese síndrome no sabe, pero que debería saber por su propio bien. Segundo, hay nociones de principio adoptadas que quizá sean imperfectas, en el sentido que no carecen de mérito, pero la falla está en que representan formas reduccionistas de creencia implícita. Estas nociones, que son características de la ideología deductiva, tienen el efecto de tender a suprimir el funcionamiento de esas facultades mentales creativas que son la distinción característica entre la especie humana y las bestias. Tercero, está el aspecto de la creencia que es directamente contrario a los principios pertinentes del universo real.

En el caso en que el reto principal que aplica es implícitamente constitucional en carácter, una aproximación razonable de las distinciones apropiadas entre esos tres componentes de un síndrome de “pecera” popular, ha de considerarse como la esfera de interés principal del derecho constitucional. El acento debe ponerse, como me he apegado a este precepto en este informe, en el derecho constitucional en sus aspectos de derecho natural, en vez de dejarse arrastrar al pantano moral de los efectos patológicos de la creencia obsesiva en el derecho positivo (por ejemplo, el “derecho consuetudinario”), como la que tienen nuestros populistas típicos.<sup>26</sup>

En la siguiente conclusión del informe que tienes ante tí, centramos nuestra atención en dos clases distinguibles de consecuencias constitucionales implícitas de la situación que

26. Al bregar con el populismo y expresiones patológicas afines, es importante insistir que lo que tiene que debatirse son los supuestos que subyacen los argumentos de los populistas, y ninguna otra cosa, hasta que las cuestiones subyacentes de los axiomas de los cuales depende la proposición sean tratados como el asunto real de la discusión, y poner a un lado los teoremas populistas que se basan en este supuesto hasta que los supuestos axiomáticos del argumento diversionario del populista antes hayan sido tratados de un modo efectivo.

el caso de Bush y Cheney representa ahora. Me explico.

En la práctica liberal angloholandesa del Nuevo Partido Veneciano de lo que ellos llaman, de manera curiosa, economía política, la misma idea de “magia” que gobierna la circulación del dinero es la que resuena en la imploración del jugador de dados, de “¡la nena necesita zapatos!”, que la determinación deseable del precio de todo, incluyendo el dinero mismo, debe ocurrir de ese modo mágico de los doblacucharas, que Mandeville, Smith, Jeremías Bentham y demás alegaban. Todo creyente de dichas doctrinas económicas debe reconocerse, por ende, con claridad, como otra simple variedad de creyente verdadero admirador del arte mágico del doblacucharas.

La misma demencia del doblacucharas está implícita en términos funcionales en toda variedad de lo que he descrito como un “síndrome de la pecera”. Sin embargo, la opinión común sospecha, correctamente, que hay que notar diferencias cualitativas entre las diferentes variedades de quienes comparten la creencia en locuras de la clase que nos es familiar, de las doctrinas fisiócrata y otras del tipo liberal angloholandés. Uno podría decir que una variedad pertenece al departamento de “magia blanca”, y la otra incluye la “magia negra” de la economía de “Enron” y “Halliburton”, o de quienes caben en la misma categoría general de la criatura de la señora Lynne Cheney.

Esa distinción entre magia “blanca” y “negra” es debatible, pero sólo con respecto a la práctica común de diferenciar al delincuente endurecido de los demás practicantes de diversos vicios. Cheney entra en la categoría de los de mentalidad “criminal endurecida”, más o menos a diferencia de la pertinencia del “verdadero creyente” común en la dedicación de Mandeville a la proliferación del vicio privado.

Así que, al proceder ahora a las secciones finales de este informe, divido el tratamiento de la pertinencia constitucional de esa distinción general. Primero, me concentro en las características de “criminal endurecido” de tipos como el vicepresidente Cheney y, después, en el desafío constitucional que plantea la forma en que el liberalismo en general crea la oportunidad para que criaturas que caen en la categoría más extrema, de la que puede decirse significativamente que Cheney es típico, acarreen la ruina de la sociedad.

### **El Gran Inquisidor: ¿Cheney o Dostoyevsky?**

Recientemente hubo una discusión entre mis círculos más allegados, que giró en torno al asunto de: *¿hasta qué punto el propio Cheney reconoció con plenitud la criminalidad de los actos en los que estuvo involucrado, del modo que participó en fraguar los pretextos fraudulentos para dar pie a la actual guerra en Iraq, que sigue y empeora?* El papel decisivo que desempeñó la oficina de Cheney en coordinar el “destape” involuntario de la agente secreta de la CIA Valerie Plame, fue uno de los aspectos en los que se concentró nuestra discusión sobre este asunto del grado de “voluntarismo” de Cheney.

En un caso como éste no es necesario tratar de determinar si lo que hicieron Cheney y compañía debe procesarse como

un delito. Basta determinar, primero que nada, si el papel de las partes en cuestión fue intencionalmente malo. ¿La acción pretendida fue mala adrede? ¿Fue mala adrede, no sólo en virtud de lo que se pretendía, sino también en virtud de las consecuencias previsibles en la mente de la persona en cuestión? O, ¿debe verse su papel en las operaciones concertadas por la oficina de Cheney, la Casa Blanca y otros en esa vasta conspiración como un esfuerzo relacionado, con la intención plena conciente de elaborar un amplio esfuerzo por obstruir la justicia en casos tales como el de la Valerie Plame?

¿Imita este caso, al menos, la maldad pura de la imagen del Gran Inquisidor de Dostoyevsky?

Al examinar estas cuestiones, nuestra intención al respecto no impide empañar el carácter de la investigación, en tanto investigación científica, con decisiones sobre la criminalidad legal de las *intenciones* de los sujetos en cuestión. Es el hecho de su estado mental, como éste se expresa en su comportamiento, lo que debe guiar nuestra intención en esta fase inicial de pesquisa y evaluación. El acto es una acción, pero la intención que la motiva es un asunto que no debe empañarse por el uso temerario de argumentos deductivos. *Tenemos que considerar este asunto como un estudio de dinámicas, y no de psicomecánicas.*

*Nunca debemos sentirnos tan impelidos a escapar de nuestros peligros presentes, que caigamos por descuido en consecuencias imprevistas. ¡No vayamos a ninguna cita en Samara! Ése es el gran principio del derecho constitucional que no debe violarse. Cuando el deseo apasionado de castigar rebasa las consideraciones de cambios mortales para el futuro, que es lo que de común tiende a engendrar el afán de venganza, se pone en peligro el futuro de la civilización como una consecuencia de nuestro afán de castigar al pasado.*

Dejando de lado por el momento todo lo que atañe al derecho penal como tal, ¿actuaban Cheney y compañía concientes de su activa intención maliciosa de perpetrar un acto cuyas consecuencias debieron haberse prevenido en aras del interés vital de nuestra nación, y de otras? El prevenir lo que debe prevenirse con urgencia, no el castigo, debe ser lo único que nos interese al respecto. Desde la perspectiva de nuestro equipo, la prevención, no el castigo, es el único motivo permisible de nuestro trabajo. Si lo que algunos quisieran considerar castigo fuere requerido como una medida preventiva, está bien; pero lo que me preocupa, en especial en cuanto a este asunto, no es castigar, sino prevenir. Nuestras únicas preocupaciones deben ser los remedios y la justicia, nunca la venganza. Nuestra misión es asegurarle al infractor la certeza de la detección y la prevención, no aterrar a la sociedad con los gritos nocturnos diversionarios del convicto y su familia.

En lo personal, mi experiencia me hace conocer exactamente lo que representan tanto Cheney como su pelele, el presidente Bush. Yo conozco sus mentes gusanientas, estrechas y mezquinas, como tú pudieras conocer la proverbial “palma de tu mano”.

Puedo decirte más o menos con exactitud los rasgos que más vienen al caso de lo que pasó por las mentes, si así puede

llamárseles, de aquéllos en la Casa Blanca y en la oficina del Vicepresidente, cuando se tramaba y perpetraba el crimen contra Valerie Plame. Éstos no fueron golpes dados a tontas y locas; fueron conjuras bien calculadas, regurgitadas y refinadas con la intención de fomentar un pretexto fraudulento para una guerra ilegal con la anuencia de un vasto aparato, que se extiende directo desde círculos alrededor de Cheney en Washington, a lugares tales en el extranjero como la penetración del neoconservador Michael Ledeen en el SISMI de Italia y, antes, en la oficina de John Bolton en el Departamento de Estado. Y siempre al acecho en esto estuvo el cómplice de Marc Rich, “Scooter” Libby.

Encima, en torno a Cheney, era un aquelarre de brujas.

A la luz de los indicios que apuntan a esos rasgos de la conjura de Cheney y demás, no hay ninguna duda que la intención de las acciones de Cheney y sus cómplices principales, aquéllos que motivaron la acción y su persistencia, a diferencia de los que pudieran ser considerados como meros cómplices, era perversa, y monstruosa la intención de sus consecuencias. Estaban traicionando los intereses de su propia nación y de otras, de manera conciente e intencional, como en cualquier complot para derrocar a un gobierno legítimo, como lo estuvieron haciendo en este caso. En este ritual estuvieron babeando, arrobados —como si fuera una danza de guerra de los partícipes más encumbrados en el plan—, a cada paso de sus acciones, para inducir por fraude una decisión de irse a la guerra, y de perpetrar actos con implicaciones monstruosas, tales como, por ejemplo, el del caso de Valerie Plame.

¿Es Cheney realmente un personaje hecho a imagen de la figura del satanás que Dostoyevsky presenta en el Gran Inquisidor? A mi parecer, no precisamente; la verdad es que el perro de pelea de la señora Cheney no es “tan inteligente”. No es una mente criminal, sino un sicario que han traído para perpetrar actos perversos contra nuestra propia nación y otras. Él babea con su variante de gratificación sexual lujuriosa al hacer las maldades que hace, una parodia perversa de un matón que le hace el “Gordo” al infinitamente atrevido y malicioso “Flaco” del presidente Bush. Tras reconocer el déficit bestial en el desarrollo intelectual de Cheney, el papel del Gran Inquisidor de Dostoyevsky habrá de encontrarse a niveles mucho más encumbrados de dirección que el papel de meros subalternos que Cheney y Bush desempeñan en toda la trama.

Remuevan a esos desgraciados de sus cargos mientras todavía tengamos una república constitucional, tan pronto como sea factible. Hagan esto por un sentido de la necesidad de parar el crimen mientras todavía está perpetrándose. Sin embargo, lo que debe ser el objetivo constitucional que determine el remedio que se escoja, es salvar la república, no castigar a los chivos expiatorios a todas luces culpables. Que declaren que hicieron estas cosas, no como hombres y mujeres cuerdos, sino como mentalistas doblacucharas. Esta declaración debe tomarse en consideración, todo en aras de llegar al fondo de la patología que los guió a cometer sus crímenes contra nuestra república y la humanidad.

## El asunto constitucional

El gobierno, al igual que la ciencia, nunca acaba de perfeccionarse. Detener el flujo del progreso científico y tecnológico implicaría un impulso para parar lo que de modo intrínseco debiera ser un proceso sin fin de perfeccionamiento del gobierno constitucional.

En el fondo, el asunto subyacente que plantean sucesos tales como el caso del sucio Dick de la señora Cheney, no es otra cosa sino otro ejemplo de las consecuencias de vivir en una sociedad en la que el individuo rara vez comprende la naturaleza ni, en consecuencia, los requisitos constitucionales de una sociedad humana. Los principios subyacentes de nuestra Declaración de Independencia y de nuestra Constitución federal son tales, que la coincidencia que expresa la intención antilockeana de la “búsqueda de la felicidad” leibniziana, y el “promover el bienestar general” del preámbulo, tienen que aplicarse. El problema principal que hay que sobreponer al tratar de aplicar esos principios constitucionales, es la falta de comprensión que tiene la mayoría de la población de los EU sobre lo que en verdad significan esas palabras.

Estos principios pueden describirse con justicia como reflejos primordiales de las creencias subyacentes más profundas de la perspectiva monoteísta que asociamos con el judaísmo, el cristianismo y el islamismo, una perspectiva plenamente congruente con los métodos de los pitagóricos y Platón. El problema no son tanto los frecuentes desacuerdos respecto a algunas definiciones estipuladas sobre los términos nominales de, por ejemplo, la creencia cristiana, sino las interpretaciones torcidas de esos términos que persisten porque el creyente individual no cree que él es realmente inmortal, en el sentido que he descrito esta clase de dificultad común en este escrito y otros anteriores.

El problema asume la forma siguiente.

Al grado que la persona se ve a sí misma en esencia como un “bípedo desplumado” o un animal parlante, la experiencia de la existencia humana dentro de los confines de lo que el creyente típico identifica como “esta vida”, le impide verse a sí mismo como una personalidad cuya existencia se arraiga, no en el dominio de los mecanismos biológicos de la percepción sensorial, sino dentro del mismo dominio ontológico (es decir, “espiritual”) de la inmortalidad suprabiológica de la existencia eficaz del Creador. Ese individuo no logra comprender que es el papel de ideas de la calidad ontológica de las hipótesis descubiertas que pueden comprobarse mediante experimento la que, contrario al pobre tonto de Isaac Newton y sus incautos seguidores, es la realidad ontológica de la existencia eficaz del individuo humano, para quien el universo de los fenómenos percibidos es un mero reflejo que vemos por un espejo y oscuramente.

Desde la perspectiva de la ciencia física, del modo que la obra de Vernadsky define la ciencia física moderna al definir la biosfera y la noosfera, la experiencia física eficaz de la existencia humana de los individuos y las sociedades yace en el dominio subyacente del descubrimiento, y de la aplicación de esos descubrimientos fundamentales de principio físico

universal que expresan la práctica general de la así llamada ciencia, y de la composición artística desarrollada y ejecutada de un modo rigurosamente clásico, tal como en las composiciones de Bach, Mozart y Beethoven. Las grandes figuras de la sociedad, las que a todas luces ameritan el título de “inmortales”, expresan este aspecto de la existencia mortal del individuo vivo, y pueden continuar haciéndolo por mucho tiempo después de su muerte biológica.

Nosotros, como en el caso de los cristianos, que comprendemos las implicaciones prácticas de esta noción de la inmortalidad humana como en el mismo dominio ontológico que la existencia del Creador, ya somos inmortales mientras aún estamos vivos, y simplemente seguiremos así después de nuestra muerte biológica. Así, la idea cristiana de estar con el “Cristo resucitado” expresa una pasión, una fuente de fortaleza creativa interna, como la que expresa, por ejemplo, el caso de la vida real de Juana de Arco, del modo que Federico Schiller capta esa verdad específica en su caso. Todos moriremos en lo biológico; lo que tenemos que evitar es la muerte de nuestra inmortalidad cuando rehusamos descubrir y elevarnos al sentido de ser inmortales, ya que vivimos en el mismo dominio que el eficaz, totalmente voluntarioso e innovador Creador mismo de este universo. Si logramos eso, nuestras oraciones deben ser para que descubramos Su intención, y contribuyamos en tanto seres espirituales e inmortales a su realización, en vez de tratar de imponerle nuestras intenciones menos informadas y, con frecuencia, relativamente mezquinas, a Él. Los peores son aquéllos de nuestros contemporáneos que hacen el supuesto sacrílego de que la inmortalidad “está del otro lado”, como los empiristas tales como el cartesiano Quesnay o los liberales Locke, Mandeville, Hume, Adam Smith, Jeremías Bentham y Emanuel Kant dividen al mundo entre los fenómenos que en realidad se han palpado del lado superior de las tablas del piso de la experiencia, y las misteriosas presencias supuestamente poderosas debajo de las tablas del piso de las que no tienen ningún conocimiento real. Para el autodenominado creyente, tal como el autoproclamado creyente cristiano típico, de la ralea del predicador gnóstico que está detrás de la carpa en la reunión de evangélicos haciendo almas con algunas de las damas de la congregación, la inmortalidad sólo existe del otro lado de las mismas tablas del piso en que acechan los dioses de los vicios privados de Mandeville.

En la medida que nuestros ciudadanos no entiendan esas implicaciones ontológicas de los principios constitucionales de la “búsqueda de la felicidad” y la “promoción del bienestar general”, tenderán a encajar su interpretación práctica a la promulgación y aplicación de nuestra ley en una interpretación popular errónea —y hasta populista— del significado de tales términos constitucionales.

A consecuencia de la clase de ignorancia sobre la historia universal que acabo de describir de forma sumaria aquí, la víctima de esa ignorancia comete la clase siguiente de sacrilegio contra la intención subyacente de nuestros principios constitucionales más arraigados. Tenderá, como lo hace el



*Juana de Arco expresó en su vida esa pasión, esa fuente de fortaleza creativa interna, que le permitió encarar su muerte a manos de la Inquisición. “Todos moriremos en lo biológico; lo que tenemos que evitar es la muerte de nuestra inmortalidad cuando rehusamos descubrir y elevarnos al sentido de ser inmortales, ya que vivimos en el mismo dominio que el eficaz, totalmente voluntarioso e innovador Creador mismo de este universo”.* (Foto: Susan Bowen/EIRNS).

populista fanático, a “interpretar” la Constitución como una suerte de contrato de negocios como el del doctor Fausto, ya sea con el Creador o con el diablo mismo. Luego “interpreta” la Constitución desde la perspectiva de esta visión salvaje, en esencia carente de principio, del llamado “derecho consuetudinario” anglosajón, y esto al estilo de las negociaciones sobre asuntos territoriales y de venganza de las bestias parlantes.

El caso de una incapacidad pertinaz para captar el concepto de la inmortalidad de forma científica, apunta tanto a los orígenes como al remedio de la falta de capacidad de la persona común para lidiar con el desafío existencial más esencial de la vida humana mortal, la incapacidad de concebir la inmortalidad excepto como un doblacucharas, como algo que está al otro lado de las tablas del piso del universo conocido. Es aquí, en conexión con esto, de esta manera, que los conceptos más esenciales de la ley natural han de encontrarse.

Uso mi propio caso como un ejemplo pedagógico.

Por casi cincuenta años he sido, en la práctica, uno de los pronosticadores económicos a mediano y largo plazo más confiables del que se tenga constancia. En las más recientes de esas décadas he sido, al menos que se sepa, el único pronosticador confiable a largo plazo. Mi fascinación con fenómenos pertinentes del proceso histórico en general a lo largo de un período de más de 2.500 años, y por dos generaciones o más por venir, ha sido excelente para intuir cómo un sentido activo de la inmortalidad personal de un individuo mortal, yo, causa que me comporte distinto que personas que aún no han captado de un modo práctico las implicaciones de lo que estoy diciendo aquí.

En lo principal, creo que la forma en que las generaciones pasadas, incluyendo más de tres generaciones de mi vida mortal, han creado el presente, y lo que ahora hagamos o dejemos de hacer, en gran medida determinará la calidad y la dirección del futuro. Extiendo mi experiencia económica práctica y relacionada a la forma en que los descubrimientos de principios físicos universales, aun del pasado más remoto, han definido el presente, y cómo los principios con los cuales ya me he familiarizado han predeterminado ya las opciones a mano para la humanidad por varias generaciones por venir. Yo, por tanto, actúo en el presente sobre la base de mi conocimiento de un pasado que se extiende mucho más atrás que mi nacimiento, y de un futuro que me es visible, como cuestión de principio, por un par de generaciones o más por venir.

No sólo vivo como un observador de este período del pasado y el presente; actúo en reacción al futuro, por causa de los efectos que esta acción podría tener en hacer ese futuro. Las decisiones que haya tomado tendrán consecuencias luego de mi muerte. Vivo ahora en esta existencia mortal, como un ser inmortal. Para mí, ésa es la única forma de vivir una vida mortal decente. Es, de hecho, la única forma decente de vivir para cualquier ser humano, como un inmortal.

El pobre tipo típico topa con la idea de la muerte como si fuera una "tabla del piso". Muy bien pudiera desear creer con firmeza que hay algo bueno al otro lado de esa tabla del piso que concibe como la muerte, pero no tiene ningún conocimiento real de ello, y su fe en lo que eso podría ser es, por ende, insegura. Puede que se aferre a una cierta creencia sobre lo que está detrás de las tablas del piso porque necesita creer en ello; y ya que su creencia es tenue, y quizás falsa, debe tratar de creer en esa creencia aun con más apasionamiento, y hasta estar dispuesto a matar para eliminar a las personas que le hagan dudar sobre las creencias que lleva consigo.

O, en el extremo, su desesperación puede llevarlo a odiar a Dios, como lo han hecho Nietzsche y sus seguidores, como la pandilla de Hitler. Como la verdad muestra, este odio aparece con claridad en el rostro del predicador para quien las pasiones de una reunión de evangélicos y el "trueno" de los agraristas de Nashville que le hace eco a una concentración del Ku Klux Klan, son una y la misma cosa.

Por tanto, tratemos de terminar este informe con la siguiente reflexión concluyente.

El progreso de la raza humana hasta ahora siempre ha

dependido, en la medida que sabemos de los hechos de la historia, de ese relativo puñado de personas vivas que califican, por excepción, como las verdaderas dirigentes de la humanidad en su tiempo. Por dirigentes, nuestra intención debe ser decir: aquéllos para quien el pasado y el futuro son tan reales en tanto experiencia como cualquier experiencia presente en el corto plazo. A este respecto, Juana de Arco era tan real en la historia verdadera conocida, como Federico Schiller presenta el principio de su papel sublime en el escenario clásico. Ella vio y ayudó a forjar el futuro al negarse a traicionarlo, ni siquiera para evitar los dolores terribles que le infligieron las fuerza del mal conocidas como la Inquisición. Ella fue una de ésas que, mártires o no, podían dedicar su vida al futuro. Podía hacer esto sólo porque su interés propio descansaba en un futuro producto de su vida mortal, un producto que era su sentido más imperioso de interés propio en tanto persona conciente de su inmortalidad. Es lo mismo para el gran descubridor científico, y para toda persona, aun la que está en una condición social relativamente más simple, que vive para el futuro que está comprometida a hacer realidad por el futuro de la humanidad.

Tales son los verdaderos ciudadanos del mundo, y es de ellos que depende el conocimiento y la fe en la ley natural, y su reflejo en el derecho constitucional.

Lo que Dick Cheney está haciendo hoy es asqueroso. Él es una amenaza, no porque sea asqueroso, muy asqueroso, sino porque sus acciones constituyen una amenaza para el futuro de la raza humana, para la inmortalidad de nuestra ciudadanía. Por tanto, no debemos complacernos en castigarlo por el mal que ha hecho, sino más bien sentirnos satisfechos de que el mal que ha representado ha llegado a su fin, y que lo han remplazado en cualquier posición dirigente por aquéllos a quienes podemos confiarles el futuro. Meramente castigarlo, y nada más, es desollar a un chivo expiatorio, y no corregir el error que permitió que ocupara esa posición tanto como lo ha hecho.

La lección del derecho constitucional que debe servir de guía en la presente ocasión de crisis, debe ser la siguiente: debemos desarrollar con mayor frecuencia dirigentes funcionales y en potencia que le traigan un mejor futuro a la humanidad. Eso significa inculcarle a nuestros jóvenes y, ojalá, a algunos tipos más viejos también, el sentido práctico de una inmortalidad viva dentro de sí. Porque es entre los que tienen, como Wordsworth trató de decir en sus mejores momentos, "una intimación de inmortalidad", que pueden encontrarse los únicos intentos durables de moralidad.

Por tanto, la contribución más importante que puedes hacer tú ahora, en lo personal, en tanto individuo, es convertirte de forma autoconciente en un ser humano eficientemente inmortal. Son sólo los esfuerzos, a veces hasta patéticos, de lograr algo en ese sentido, los que nos han ayudado a progresar tanto como lo ha hecho la civilización. Aun un intento serio toca la inmortalidad. La inmortalidad, así concebida, es el rasgo esencial del derecho constitucional de nuestra república, y es a esa ley a la que hay que servir.